

ERA ATLANTICA

PETER KAPRA

Era atlántica

PETER KAPRA

Era atlántica

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez 151
Buenos Aires

Portada: J. LONGARÓN

Primera edición - Julio 1972

Depósito Legal: B. 26. 788 - 1972

Printed in Spain - impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

«Mis tresor temple citadins Hesperiques,
«Dans iceluy retiré en secret lieu:
«Le temple ouvrir les liens fameliques,
«Reprens, ravis, proye horrible au milieu.
Les Prophéties (10. 81)
(Michel de Nostradamus, 1555) (1)

(1) Estos versos se refieren al mito griego de la Atlántida, cuyos tesoros fueron escondidos en un lugar secreto. (Andrew Tomas, *La Barrera del tiempo*.)

PREÁMBULO

Platón, filósofo de la antigua Grecia, cuyo verdadero nombre era Aristocles, hijo de Aristón y Perictione, nació en Atenas, el año 429 antes de J. C., y murió el 347 de la misma era. Viajó a Cirenaica y Egipto y fue esclavo en Egina. De entre sus notables y numerosas obras, destaca *Timeo y Critias*, perteneciente a su última época, y es en esos diálogos donde narra la existencia de la Atlántida, considerada en la actualidad como mito o leyenda, a pesar de que el autor, anticipándose a los incrédulos, afirma que «aunque parezca mentira, es ciertamente histórica».

Al parecer, el filósofo ateniense recogió la crónica de Solón, legislador griego que visitó Egipto alrededor del año 560 antes de J. C. Pero, sin duda, él también debió haber escuchado la saga de la Atlántida, de la que los antiguos egipcios y sus misteriosas pirámides parecían ser descendientes.

Platón describe un continente enorme situado más allá de las «columnas de Hércules». Otros autores, entre ellos Homero y Virgilio, mencionan en aquellas latitudes las islas de las Hespérides, que en los mapas antiguos se sitúan en lo que hoy es el archipiélago de Cabo Verde. Otros afirman que se trata de las islas Azores y hasta hay quien señala las islas Canarias.

En realidad, si Platón dice la verdad, todas las hipótesis son ciertas, porque estos tres grupos de islas atlánticas pueden ser muy bien los restos del continente desaparecido bajo las aguas del océano.

Platón dice que el clima era subtropical y sus pobladores podían recoger dos cosechas anuales. Existían ciudades importantes, con enormes y suntuosos templos, construidos con piedras blancas, rojas y negras, y en ellas florecían las ciencias y la industria.

Sigue diciendo Platón que el ejército y la marina se componían de más de un millón de hombres, lo que hace suponer que el censo demográfico era superior a los cien millones de habitantes. Los «atlantes» eran virtuosos, despreciaban la riqueza y tenían en alta estima la camaradería, el honor y la honradez.

¿Cómo desapareció tan dilatada isla-continente, cuyos pobladores se habían extendido al Este y al Oeste, como lo confirman los hallazgos arqueológicos y las similitudes arquitectónicas de Egipto, Babilonia y Méjico?

Tanto las pirámides de Egipto como las de Centroamérica son un misterio para la ciencia. Sin embargo, si tan lejanos países no tuvieron jamás puntos de contacto, ¿qué relación puede existir entre unas pirámides y otras, separadas por el vasto océano?

Abunda la literatura en torno al tema. Sabios y poetas han glosado la Atlántida y la han enaltecido.

Hay quien asegura, como posible causa, la caída brutal de un enorme meteorito que sumergió la isla-continente bajo las aguas del océano; otros

creen que, debido a la deriva de los continentes, la Atlántida se fue hundiendo poco a poco. Tanto en un caso como en otro, aquella próspera civilización desapareció. Y si fue debido a un cataclismo de origen cósmico, los astrónomos de entonces pudieron preverlo con tiempo. El hundimiento paulatino del suelo también hubo de ser, forzosamente, observado.

Por otra parte, ¿pudo tener la desaparición de la Atlántida alguna relación con el Diluvio Universal? Es posible.

De todas formas, la existencia real de la Atlántida aclararla muchos de los misterios que las ciencias arqueológicas y paleontológicas han establecido, al señalar un enorme vacío prehistórico, sobre el que saltan los hombres de Neanderthal y Cro-magnon, seres primitivos y trogloditas, hasta esa inconcreta Edad del Bronce, ¡donde, por paradoja, parecía conocerse muy bien el oro, la plata, el bronce —aleación de estaño y cobre — y hasta el níquel!

Un gran pueblo antiguo y civilizado presintió su desaparición y su muerte. ¿Qué hacen los hombres cultos y responsables al sentir que la vida se acaba? Sencillamente: hacen testamento. Los «atlantes» debieron hacer lo mismo.

Y, por otra parte, hombres cuya videncia ha sido demostrada, aunque no comprendida por el estado actual de los psicoanalistas como son el conde Luis Hammon y el norteamericano Edgar Cayce han predicho, juntamente con Nostradamus que «se hallará un tesoro (cultural) procedente de una antigua civilización desaparecida».

La guerra de Troya se había tenido como una leyenda, fruto del inmortal Homero, hasta que, en 1870, Heinrich Schliemann descubrió las ruinas de Troya en las colinas de Hissarlik, Asia Menor.

Con la Biblia en la mano, se han descubierto pueblos y ciudad de la Antigüedad que parecían fruto de la imaginación de los cronistas hebreos.

Los oceanógrafos modernos aseguran que el «Dorsal Atlántico» vuelve a emerger, y es posible que, antes de finalizar el siglo actual, afloren de nuevo sobre las aguas las tierras desaparecidas. ¿Se hallarán entonces las ruinas del Templo de Cleito, cuyos muros eran de plata y oro y estaba rodeado de una muralla de oro macizo?

Éste es el tema de esta obra, puramente imaginativa, dentro del marco de la ciencia-ficción, que el autor sitúa en una época próxima, con la intención de apuntar una teoría más a las muchas ya existentes.

«Las pirámides hablan al futuro...»

Capítulo primero

¿CUÁNTOS SIGLOS NOS CONTEMPLAN?

El joven y atractivo egiptólogo norteamericano, Jack Alden, más conocido en el mundo de la arqueología como J. A. Alden, descendió de su «caravan» aquella calurosa mañana, con el presentimiento de que algo nefasto iba a ocurrir.

Pisó la tierra arenosa y miró hacia la gran tienda de plástico hinchable que ocupaba la flor y nata del Instituto Egiptológico de Moscú. Detrás se hallaban las ruinas del templo de Kefrén. Destacando por encima del plástico azul de los rusos, se alzaba la Gran Pirámide de Keops.

Al mirar hacia allí, Jack vio la grácil y ligera figura de la doctora Jankelvich, con su camisa suelta sobre los pantalones cortos. Le agradaba aquella morena y sugestiva representante de la ciencia arqueológica soviética, más por sus esbeltas y desnudas piernas y por su rostro sonriente, y ovalado, que por los conocimiento de egiptología y criptología de su bien modelada cabeza.

Ella se dirigía hacia el amontonamiento de piedras inclasificables de la entrada del templo. Llevaba unos papeles en la mano y, absorta como iba, no se fijó en el americano.

—¡Eh, Olga, «darling»!

Ella volvió el rostro, le vio, se detuvo y sonrió, alisándose el corto cabello instintivamente con la izquierda.

—Hola, Jack. Buenos días. ¿Se te han pegado las sábanas?

Acercándose a ella, el americano respondió, sonriente:

—Encontré unos compatriotas, anoche, en El Cairo. Estuvimos charlando y tomando unas copas y... Regresé algo tarde. ¿Has visto al doctor El-Anwir?

Olga Jankelvich señaló con el pulgar sobre su hombro.

—Conferencia con el «Mago» Woroff.

El profesor Anton Woroff, jefe de la expedición científica rusa en Gizeh, era conocido por el sobrenombre de «Mago», tanto por su aspecto misterioso, retraído y solemne, como por sus profundos conocimientos del mundo antiguo, en cuyas originarias fuentes parecía haber obtenido su saber, si esto hubiera sido posible.

—¿Dónde vas?

—A repasar unas medidas que tomó ayer Wasili Kazanov en la galería de la tumba de Kefrén. El «Mago», mientras tú te divertías en El Cairo, estuvo haciendo cálculos cabalísticos, y sospecha que su ayudante posee un metro de noventa centímetros.

—Te acompaño —dijo Jack—. Tú eres más agradable que Chaid-el-Anwir.

—¿Quieres hacerme creer que te gusto, Jack?

—¡Oh, qué odiosa pregunta! —pareció burlarse el americano—. Gustar es poco... ¡Te adoro!

—Una mano te la doy ahora, Jack —replicó ella, también festivamente—. El brazo te costará un viaje a Moscú... ¡Todo el cuerpo vale rellenar un formulario en el Registro Matrimonial!

—¿Y un beso, Olga? ¿Cuánto cuesta un beso?

—Nada. Pero temo que Wasili te meta una bala en la cabeza si te lo doy. Está celoso.

—¡Le partiré la cara!

Saltando sobre las piedras, llegaron hasta los montones de tierra que los excavadores indígenas habían extraído del subsuelo en las semanas anteriores, dejando al descubierto la entrada a una gruta o galería de piedra, cubierta de losas funerarias, sobre las que los escultores antiguos habían escrito extraños jeroglíficos todavía sin descifrar.

Un fotógrafo ruso y su ayudante estaban allí tomando placas de las inscripciones. Con ellos se hallaba un capataz egipcio, quien les señaló hacia la cabeza.

—Los cascos, señorita Olga.

—Los dejamos ayer en la galería, Ibmuhd. No te preocupes.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Jack Alden, siempre hablando en ruso.

El egipcio sacudió la cabeza.

El primer tramo de la galería estaba iluminado con luz eléctrica. Las lámparas ardían en tramos de diez metros. Y el pasadizo terminaba en una especie de antecámara del que partían tres túneles.

Allí había una mesa de madera, introducida por los arqueólogos, en la que había varios cascos protectores, provistos de baterías de cadmio. A cualquier otra persona le hubiese impresionado ver aquellos muros y dirigir la vista a los túneles que conducían al pasado, sombríos y lóbregos. Pero a aquellos dos jóvenes, pertenecientes a las nuevas generaciones, estudiosos y conocedores de los secretos de la arqueología, no causaban la menor impresión.

—Me sorprende la exactitud y la precisión del «Mago» para señalar la existencia del tercer pasadizo. Nada hacía suponer que estuviese ahí.

—¿Guardarás el secreto, si te lo digo?

—Lo intentaré.

—Mi jefe empleó una sonda de rayos gamma.

—¿La lámpara de doble enfoque?

—La misma. Si los rayos encuentran el vacío detrás de un muro, se aceleran inmediatamente después de la lentitud básica con que atraviesan la piedra. Ya sabes que empleamos las técnicas más modernas en esta expedición. El resultado ya lo ves... Ven, tomaremos medidas exactas del tercer túnel.

Olga sacó del bolsillo una pequeña cinta métrica, cuya extremidad

sujetó al suelo con una piedra, en la entrada del pasadizo situado a la izquierda. Después, seguida de Jack, avanzó por el túnel, dejando girar libremente la cinta.

En las paredes de aquel túnel no había inscripciones de ningún tipo, ni señales, y mucho menos indicios que pudieran revelar la existencia de una bifurcación, aunque fuese oculta. Y debía existir en alguna parte, de lo contrario la propia existencia del pasadizo carecía de sentido, porque el final estaba a ciento cincuenta metros de profundidad, ante un muro de piedra, que el profesor Anton Woroff había examinado con su sonda de rayos «gamma», averiguando así que el túnel acababa precisamente allí.

—El «Mago» dice que, en alguna parte de este túnel, debe haber una entrada que comunique con otro pasadizo —dijo Olga Jankelvich—. Si Wasili no se ha equivocado, la longitud total es de ciento cincuenta metros, o sea, la misma distancia que se calcula tenía la Gran Pirámide desde la base a su vértice.

—Entiendo. No es tarea fácil examinar todas estas paredes, techo y suelo con la lámpara de doble enfoque —admitió Jack—. ¿Qué es lo que busca con la medición?

—La longitud exacta. Luego, una vez hechos los cálculos, nos saldrá con una de sus sorprendentes revelaciones, indicándonos dónde debemos hacer la perforación, tras la que hallaremos otro túnel de este laberinto subterráneo.

—Desde luego, nos encontramos con algo que los antiguos saqueadores de tumbas no pudieron hallar —confesó Jack, quien no bromeaba jamás con respecto a su trabajo—. Pero ¿qué hay detrás de todo esto?

—Anton Woroff pretende demostrar que el origen de estas pirámides no es egipcio. Sin embargo, los antiguos faraones copiaron el modelo de estas obras para levantar sus templos funerarios.

—Yo tengo la impresión que el «Mago» posee información misteriosa acerca de todo esto y sabe hasta lo que vamos a encontrar —dijo Jack, deteniéndose al ver a Olga volver la cabeza—. ¿Qué ocurre?

Ella no respondió en el acto, sino que frunció el ceño.

—Diría que el extremo de la cinta se ha soltado de la piedra que le puse encima. Me ha parecido que se venía toda ella detrás.

—Ve a comprobarlo —dijo Jack—. Dame el carrete.

Ella se lo dio y él comprobó que marcaba noventa y seis metros. Instintivamente, Jack hizo una señal en el polvo del suelo, mientras Olga retrocedía hacia la salida del túnel, cuya luz se veía empequeñecida por la distancia.

De pronto, ocurrió un misterioso fenómeno. La luz de la lámpara situada en el casco de Jack se apagó. Y lo mismo ocurrió con la que llevaba Olga, quien lanzó un grito instintivamente.

Al fondo también se apagó la luz y todo el sistema de túneles quedó a oscuras.

—¡Olga! —gritó Jack.

—¿Qué ha sucedido? —replicó ella.

Un alarido infrahumano retumbó entonces en la galería. Sólo podía proceder de la salida, donde se encontraban el fotógrafo, su ayudante y el capataz Ibmuhd.

Jack soltó la cinta métrica, que no podía entretenerse a recoger, y echó a correr hacia donde estaba Olga. No había andado diez pasos cuando recibió un golpe contundente en el entrecejo. Emitió un grito de dolor y perdió el conocimiento, cayendo pesadamente en la oscuridad.

* * *

Cuando abrió los ojos, Jack se encontraba en su propia «roulotte», tendido en la litera, junto a la ventana. El doctor Chaid-el-Anwir y un funcionario de la policía de El Cairo se encontraban ante él.

—¡Ah...! ¡Mi cabeza! —gimió Jack.

El doctor El-Anwir le miró fijamente con sus pupilas oscuras y brillantes. Sin inflexión en la voz, preguntó:

—¿Le duele, J. A. Alden?

—¡Me debieron dar con un martillo!

—Al fotógrafo Boris Ivanovich le hundieron un cuchillo en el pecho —dijo secamente El-Anwir.

—¿Eh?

—Le asesinaron. Por eso está aquí la policía.

Jack se tentó la cabeza, sin comprender, palpando un vendaje que envolvía su cráneo, casi sobre las cejas.

—¿Me hicieron una brecha?

—No —repuso el oficial de policía—. Le hicieron una señal en la frente, exactamente igual que a la señorita Jankelvich.

Jack se incorporó vivamente.

—¿Me han marcado? ¿Quién? ¡Por Dios, hablen! ¿Dónde está Olga?

—Está descansando en su alojamiento. Tranquilícese, señor Alden. Sólo se trata de una marca que pronto cicatrizará y esperamos que desaparezca —dijo El-Anwir—. Seguramente se la produjeron con un objeto contundente, igual que a la señorita Olga. Sólo queremos saber lo que ocurrió y qué estaba usted haciendo allí.

—¿Allí? ¡Es que no lo comprende! ¡Llevábamos el casco puesto! ¡Se apagó la luz...!

—¿Se apagó la luz? —preguntó el policía.

—Sí. Todo quedó a oscuras. Olga gritó. Corrí hacia ella y fue entonces cuando me golpearon con no sé qué... Creo que oí un grito terrible, infrahumano.

—¡Y le marcaron con la cruz de Cleito, señor Alden! —pareció sentenciar el doctor Chaid-el-Anwir.

—¿Eh? —exclamó Jack, como aterrado.

—¿Qué significado tiene esa señal? —preguntó el funcionario de la policía, dirigiéndose al arqueólogo egipcio.

—Muy vago e inconcreto, inspector Barguib —replicó El-Anwir—. Apareció hace algunos años en unas excavaciones en Abu Garab, entre los jeroglíficos arcaicos indescifrables. Hay quien supone que es el símbolo de la inmortalidad, y debió de ser la cruz sagrada de Cleito, el dios de los poderosos atlantes.

Otros criptólogos, por el contrario, creen que es el símbolo de la muerte. En realidad, sé que es la cruz de Cleito porque lo ha dicho el profesor Woroff. Yo no la había visto jamás.

—¿Y está marcada en mi frente? —preguntó Jack, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Calma, señor Alden. Esa señal desaparecerá cuando se cicatrice la herida. Si no fuera así, la cirugía plástica no le dejará la menor huella.

La puerta de entrada se abrió, empujada desde fuera, apareciendo un hombre joven, con un sombrero de hilo, muy abollado, de espeso bigote y ojos grises e inteligentes.

—¿Cómo se encuentra, yanqui? —preguntó aquel individuo.

—Hoja, Wasili Kazanov. No estoy muerto. ¿Y Olga?

—Impresionada por la muerte de Ivanovich.

—¡Eso es lo que no comprendo! ¿Quién le mató, por qué y cómo? Cuando Olga y yo llegamos allí, estaba con el capataz Ibmuhd. Su ayudante trabajaba con él. La luz se apagó en el interior de la galería, pero donde ellos estaban recibían luz de la entrada.

Fue el inspector Barguib quien respondió:

—Boris Ivanovich se dirigió a la antecámara. Allí le apuñaló alguien... ¡Usted o la señorita Jankelvich!

Jack miró fijamente al policía.

—Se equivoca, inspector. Yo no fui. Y tampoco Olga. Ya le he dicho lo que ocurrió. Se apagó la luz, se oyó un grito terrible y luego me golpearon en la frente.

—El inspector lo sabe —intervino Wasili Kazanov—. Lo ha dicho Olga. Me envía el profesor Woroff a ver cómo está, señor Alden.

—Vivo. Y siento que Boris Ivanovich no pueda decir lo mismo. Lo siento. ¿Quién le mató?

—Los sacerdotes que vigilan el secreto del Tesoro de Cleito —afirmó el ayudante del profesor Woroff.

—¡Nosotros no podemos admitir eso, señor Kazanov! —declaró secamente el inspector Barguib—. ¡Estamos en 1986 y los fantasmas del pasado no existen!

—No esté tan seguro, inspector —replicó el ruso, volviéndose a mirar a Jack—. ¿Puede usted ir a ver al profesor Woroff o prefiere que venga él a verle a usted?

—Iré yo, si el doctor El-Anwir no se opone. Deseo ver a Olga.

—No puede usted salir del campamento, señor Alden —agregó el policía.

—¿De veras? —preguntó Jack, levantándose—. ¿Tan sospechoso hoy? ¿Cómo iba yo a matar a nadie y luego golpearme en la frente? Olga Jankelvich estaba conmigo... ¿Quién me trajo aquí?

—Nosotros —contestó el doctor El-Anwir—. Le encontramos a usted y a la señorita Jankelvich en la galería tercera, sin conocimiento.

Jack se quedó pensativo. Evocó lo ocurrido. Recordó que Olga se había separado de él, alegando que la cinta métrica se había desprendido de la piedra bajo la que sujetó el extremo. ¿Cómo pudo ser si nadie la había tocado? ¿O había alguien oculto en los otros dos pasadizos? ¿Para qué fue Boris Ivanovich hacia la antecámara?

¿Y quién pudo penetrar en el pasadizo tercero y golpearles en la frente a él y a Olga, en la oscuridad? ¿Y cómo pudo apagarse la luz de los cascos, yendo provistos de pilas individuales?

En verdad, había demasiados enigmas en aquel asunto que se iniciaba de modo tan trágico.

Lo lamento, inspector Barguib. Eso es todo lo que sé. Voy a ver a Olga. Luego, si quiere acompañarme, iré a la galería tercera. Sepa que yo no formo parte de la expedición soviética. Pertenezco a *la American School of Oriental Research*, y estoy aquí como agregado, formando parte del intercambio científico y cultural.

»En estas investigaciones arqueológicas no hay lugar para el asesinato. Esa muerte ha debido realizarla alguien ajeno a nosotros. ¿No lo cree usted así, doctor El-Anwir?

—Sí, señor Alden; así lo creo yo también. Sin embargo, el deber del inspector Barguib es desconfiar de todos nosotros. Quizá tenga razón el profesor Woroff al decir que estamos cerca de un gran hallazgo.

¡Jack Alden también tuvo la misma impresión!

¿Había descubierto algo significativo Boris Ivanovich, al hacer las fotografías del muro cubierto de jeroglíficos, y por esto le mataron?

Capítulo II

INCÓGNITA MORTAL

Anton Woroff era un hombre delgado, nervioso, de ojos hundidos, piel cetrina, cabellos cortos y oscuros, largas patillas, barbudo y con bigote, del que emanaba cierto misterioso aire de antigüedad, lo que coincidía perfectamente con su profesión, pues era arqueólogo de renombre mundial y, especialmente, en el terreno de la egiptología.

Un hombre como él, que había permanecido toda su vida en Moscú, y que desde hacía diez años era director del Instituto Egiptológico, forzosamente había de despertar interés en los medios científicos, especialmente norteamericanos. Y por esta razón, la «A. S. O. R. » envió a J. A. Alden a El Cairo, en la seguridad de que algo iba a ocurrir.

El profesor Woroff poseía un gabinete de trabajo, dentro de la gran tienda hinchable de plástico azul que ocupaban los miembros de la expedición soviética.

Jack Alden, con la cabeza vendada, entró en aquel gabinete y sus ojos miraron a la pálida Olga Jankelvich, que estaba sentada en una butaca rellena de aire, frente al sillón del profesor Woroff. Los demás allí reunidos eran Wasili Kazanov, ayudante de Woroff; el capataz de excavadores, Ibmuhd, el ayudante del fotógrafo, Konstantin Krasensko —un joven con aspecto de intelectual—, el ingeniero Ostwozc y el doctor Chaid-El-Anwir.

Todos, excepto el médico y arqueólogo egipcio, ocupaban sendos asientos. Y la atención general estaba centrada en el famoso «Mago», como se llamaba cariñosamente al jefe de la expedición, profesor Woroff.

Fue éste quien saludó a Jack y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra usted, señor Alden?

Después de dirigir una mirada a todos los reunidos, Jack replicó:

—Muy bien, profesor Woroff. Aunque me gustaría saber quién me señaló con la cruz de Cleito en la frente. —Jack miró a Olga, en cuya frente había también un vendaje sujeto con cinta adhesiva—. Y quién marcó a Olga.

—Yo puedo contestar a eso, señor Alden —dijo Woroff en tono solemne—. Sin embargo, lo que yo diga no tiene veracidad, puesto que la policía no lo cree. El espíritu prosaico y materialista de usted, que es americano, tampoco lo creerá.

Jack avanzó hasta situarse junto a Olga.

—Dígamelo, profesor. Deseo saberlo.

—Usted y Olga han sido elegidos como «adeptos de Cleito», y, por tanto, gozarán de impunidad. Esa huella cicatrizará pronto. Deben sentirse orgullosos de la elección.

—¿Orgulloso de un golpe que me dejó sin sentido? —se sorprendió Jack—. Dígame quién lo hizo y verá cómo golpeo yo.

—Ha sido Edfur-set, Señor de la Eternidad, Sumo Sacerdote del Templo de Cleito.

Jack quedó boquiabierto. Los demás permanecieron impasibles.

—¿Habla usted en serio, profesor?

—Me he limitado a contestar a su pregunta. Cuando usted llegó aquí, hace algún tiempo, le dije que íbamos a encontrar cosas sorprendentes. No me atreví a decirle, aunque algunos de mis colaboradores lo sabían, que estábamos tras las huellas del descubrimiento más importante de todos los siglos.

»Empezaré por el principio y procuraré ser claro y conciso. Las circunstancias requieren que actuemos con serenidad y sensatez, No importa que unos mueran y otros hayan sido elegidos por Cleito para recibir el testamento más importante de la Prehistoria.

»Hace algunos años, llegó a mi poder un documento antiquísimo que me facilitó una serie de datos significativos. Gracias a ellos, hemos descubierto la entrada, o una de las entradas, que conducen a la cámara de Edfur-Set, Sumo Sacerdote que fue del templo de Cleito, en la centimilenaria ciudad de Hesperíada...

—¿Se refiere usted al mito de la Atlántida? —atajó Jack, incrédulo.

—La Atlántida no fue un mito, señor Alden —siguió diciendo el profesor Woroff, muy serio—. Yo tengo las pruebas. Y aquí estamos buscando la demostración.

»Le explicaré la historia. Luego, juzgue usted mismo. Le advierto que tiene más motivos que ninguno de nosotros, excluyendo a Olga, para creer lo que voy a decirle, porque usted sabe que en la galería tercera no había nadie. Sin embargo, se les apagó la luz de los cascos. ¿Cómo pudo ser esto? Nosotros les encontramos a ambos sin sentidos, muy cerca uno de otro, ¡pero con los cascos caídos en el suelo y encendidas las lámparas!

»Ahora está allí la policía. Encontrarán lo mismo que nosotros: nada. Y, sin embargo, «algo» estuvo allí. Sólo pudo ser el espíritu de Edfur-set, portador del sello sagrado de Cleito, que es un anillo exactamente del tamaño de la huella que tiene usted en la frente.

—Los espíritus no golpean, ni usan sellos metálicos —empezó a decir Jack.

—No esté tan seguro, yanqui —repuso Wasili Kazanov—. Y será mejor que escuche al profesor. Si existe alguna explicación, sólo puede ser ésa.

—Yo no tengo duda, señor Alden. El papiro que llegó a mi poder narraba lo que, para la mentalidad de nuestro tiempo, sólo puede ser un cuento de hadas o una fábula.

»Dice que desde hace más de veinte mil años, existía un gran pueblo en una región del Océano Atlántico, hoy desaparecida, donde se alcanzó un alto grado de civilización, tanto científica como técnica.

»Aquellos seres conocían el magnetismo, la electricidad, la navegación

aérea y espacial, la desintegración atómica y otras muchas cosas que nosotros no conocemos aún.

»En el orden del progreso espiritual y psíquico, sus adelantos también eran notables o sorprendentes. Lo que nosotros llamamos ahora fenómenos parapsicológicos o paranormales los dominaban ellos como nosotros conocemos la circulación de la sangre o el teorema de Pitágoras.

»Se deduce del papiro que aquella antigua raza procedía de un planeta exterior, y su origen se pierde en el arcano de los tiempos. No es de extrañar, pues, que, con el transcurso de los años, al desaparecer la Atlántida, se perdieran todos los conocimientos que tales individuos poseían.

»Se indica en el escrito que el Sumo Sacerdote Edfur-set, un hombre misterioso que poseía el dominio de la larga vida, al comprender que la Hesperíada iba a desaparecer bajo las aguas, quisiera legar a la posteridad todo el patrimonio de su raza.

»Iba a suceder algo que no queda claro en el papiro. Yo no sé si los escribas lo copiaron mal, omitiendo algún párrafo importante, y si el mensaje pasó por tantas manos, durante generaciones, que se interpretaron mal los signos. El caso es que algo terrible amenazaba a los habitantes de la Hesperíada. Y por este motivo, Edfur-set ordenó trasladar a Egipto el tesoro cultural y artístico del templo de Cleito, erigiéndose las tres pirámides y la esfinge como punto de referencia.

»En el papiro del Señor de la Eternidad se indica, por medio de una clave numérica que sólo yo conozco, cómo se llega hasta el Santuario Sagrado.

»Pero advierte el papiro, y quizá por esta razón sea ésta una de las pocas cámaras que no han sido profanadas por los ladrones de tumbas, que Edfur-set no está muerto, sino que vive y vigila, y nadie, que no sea elegido por él, jamás podrá llegar hasta la cámara sagrada donde está el legado de los atlantes.

Una amplia sonrisa iluminaba el rostro de Jack Alden cuando el profesor Woroff concluyó su relato.

—¡Por favor, profesor Woroff! —exclamó el joven americano—. ¿Espera usted que yo me crea eso?

—¡Tiene la prueba en su frente! ¡No se obstine en negar la evidencia! ¡Eso podría enojar al Señor de la Eternidad!

—Debemos aceptar la elección con satisfacción y agrado, Jack —habló Olga Jankelvich, mirando al arqueólogo yanqui.

—¿Tú también? ¡Vamos, somos gente civilizada!

—Es norma actual en todos los centros de enseñanza aceptar todas las teorías, incluso las imposibles —señaló Wasili Kazanov.

—Lo siento —intervino el doctor Chaid-el-Anwir—. Me pasa lo mismo que al señor Alden. Soy egipcio y la sangre de mis antepasados ha debido dejar secuela en mi código genético intracelular; pero esa teoría me parece

descabellada. ¿Tiene usted pruebas de la autenticidad del papiro?

—Las tengo, doctor El-Anwir —replicó aquella especie de asceta de la egiptología, que era el profesor Woroff—. Los datos del papiro nos han permitido hallar la entrada de las tres galerías. Yo podría revelarles a ustedes la clave secreta que me ha permitido conocer exactamente el sitio. Y les demostraré, cuando hayamos estudiado los jeroglíficos de la entrada, donde se encuentra la continuación del camino.

»Ahora tengo más razones que antes para afirmarme en mis creencias. Necesitaba el aviso, la señal... Y ya se ha producido... ¡Porque sólo pueden llegar hasta Edfur-set, el Señor de la Eternidad, los que él mismo ha señalado!

* * *

Olga se quitó la cinta adhesiva que cubría la cicatriz de su frente.

Estaban sentados sobre unas piedras, al pie de la pirámide de Micerino. Caía la tarde y, cerca de ellos, junto a un coche de la policía, un agente de uniforme les observaba.

—Ésta es la cruz de Cleito, Jack —dijo ella.

La señal que el golpe dejó en la frente de Olga era exactamente igual que la observada por Jack en su propia piel. Representaba un triángulo equilátero, con el vértice hacia abajo, cruzado por una línea más larga que pasaba sobre la bisectriz. En cierto modo, se parecía a la cruz cristiana, de no haber sido por el triángulo.

—¿Te has fijado que, vista al revés, parece una nave estilizada con alas en delta? —preguntó Jack.

—No me he fijado en nada. Sólo me pregunto por qué hemos sido señalados nosotros.

—Porque no había nadie más en la galería cuando fuimos atacados —contestó él, tomando el pequeño vendaje de manos de Olga y colocándoselo sobre la frente—. Y no me veo dando una conferencia en Washington, ante copetudos personajes, con esta señal tatuada en mi entrecejo.

—El «Mago» cree que es un gran privilegio para nosotros.

—¡Yo le pondría este privilegio en ambas mejillas! En cuanto termine de actuar la policía, iremos de nuevo allí, Olga. Yo también tengo mis propias teorías. Y, sea por falta de imaginación o por mi espíritu demasiado burlón, no creo nada más que en lo que ven mis ojos y tocan mis dedos.

—Las lámparas se apagaron solas.

—Sí. Pero alguien pudo prepararlas. Eso es fácil. Luego, con una lámpara de infrarrojos y unas gafas especiales, cualquiera de los ayudantes del «Mago» nos planta el sello en la frente, con un buen golpe de martillo.

»En mi país, las reses se marcan con hierro candente. El sistema del porrazo es más propio de Oriente.

—¿Y el puñal que mató a Boris? —preguntó Olga.

—¿No se ha encontrado? El asesino debe guardarlo, con intención de asestar otro golpe. O tal vez lo ha enterrado, por temor a que la policía encuentre sus huellas dactiloscópicas.

—El profesor dijo en la reunión que quien trate de descubrir el secreto de Edfur-set morirá. En cambio, nosotros somos «adeptos» o «elegidos» y no corremos peligro. Es evidente que Boris descubrió algo en las inscripciones que estaban retratando y por eso le mataron.

»Según ha dicho Konstantin, dejó la cámara y se dirigió hacia el interior de la galería de un modo raro, como atraído por un poder sugestivo y extraño. Al apagarse la luz, lo perdieron de vista y luego escucharon el grito mortal.

—¿Fue Ivanovich quien gritó? —preguntó Jack.

Olga no respondió, limitándose a encogerse de hombros. En aquel instante, precisamente, estaba viendo al inspector Barguib que venía hacia ellos, después de haber saludado brevemente al policía que estaba junto al coche.

—Me alegro de encontrarles juntos. Deseo que vengan conmigo a El Cairo —dijo Barguib—. Nada de arresto. Es puro trámite. Un médico oficial habrá de examinarles esas heridas. Esta misma noche estarán de vuelta.

—¿Sabe usted si estos asuntos se resuelven así o es necesario pedir consejo a nuestras embajadas? —preguntó Jack.

—El artículo 16 del Código Internacional de la ONU, de 1980, dice textualmente: «Los turistas extranjeros que se encuentren fuera de su país acatarán las leyes autóctonas... »

—No hablemos más. Ese artículo fue el que me preguntaron al concederme autorización para venir a Egipto, inspector —dijo Jack, sonriendo—. Sólo pretendía evitarme un viaje. Hay excesivo tráfico por la carretera de El Cairo.

—¿Me permite avisar al profesor Woroff? —preguntó Olga, poniéndose en pie.

—Ya está avisado, señorita Jankelvich. Ha dicho que la esperará para la cena. A sus ojos, se ha convertido usted en una mujer muy importante.

Jack y Olga caminaron a ambos lados del inspector, en dirección al coche. Cuando subieron a él, y el agente se colocó al volante, Jack miró al oficial de policía y preguntó:

—¿Qué han descubierto en la galería tercera? ¿Huellas del agresor?

—Hay demasiadas huellas en el polvo. Allí estuvieron todos ustedes en días anteriores.

—¿No han visto alguna entrada secreta, una losa móvil o algo de esto?

Barguib denegó con la cabeza. Luego, miró a Olga.

—¿Usted cree la teoría del profesor Woroff, señorita Jankelvich?

Olga asintió.

—Sí, la creo. Hay algo sobrenatural en este asunto.

—Mi departamento no puede realizar investigaciones sobrenaturales, señorita Jankelvich. Espero que comprenda esto —repuso el otro, muy serio.

Barguib, como Jack, se expresaba en ruso con bastante soltura. En otro tiempo, según declaró, había estudiado en la Universidad de Moscú.

Durante el trayecto, desde Gizeh a El Cairo, hablaron de las peculiaridades del caso y Barguib fue tajante respecto a una cuestión que preocupaba a Jack.

—No habrá publicidad. La prensa puede enredar las investigaciones. Por esto he rogado al profesor Woroff que no diga nada de lo ocurrido. Espero que hagan ustedes lo mismo.

—Me quita un peso de encima, inspector —replicó Jack—, Temí que llegase la noticia a los Estados Unidos y mi familia pudiera preocuparse.

—Mi departamento no informará nada al respecto. La muerte de Boris Ivanovich se comunicará como un accidente. En cuanto a ustedes, si les preguntan, dirán que sólo han recibido contusiones y magulladuras. Si los informadores o la televisión meten las narices en esto, dado el cariz misterioso, del caso, desorbitarían los hechos y no sabemos lo que podría ocurrir.

»Hemos de ser cautelosos. Estamos trabajando en el caso. Como comprenderán ustedes, estos asuntos relacionados con investigadores extranjeros se toman con interés especial para evitar incidentes diplomáticos.

—Comprendo muy bien —admitió Jack.

Al llegar al cuartel general de la policía, en El Cairo, el coche penetró en el garaje oficial. Desde allí, en un ascensor, subieron a la oficina de Barguib, donde esperaban varios funcionarios. Uno de éstos acompañó a Jack y Olga hasta el departamento forense, donde un médico de la policía les hizo un reconocimiento, tomando incluso fotos de las señales de sus frentes. Luego, les permitió regresar al despacho de Barguib.

Éste se encontraba hablando por teléfono. Hizo una seña a la pareja, indicándole sendos asientos, y dijo:

—Sí... Bien, doctor... Gracias —colgó el auricular y dirigió la mirada a Olga—. No deben preocuparse. El que les golpeó lo hizo con un sello aséptico. No hay el menor indicio de infección. Asegura el doctor Rauwi que desaparecerá en breve.

Jack sonrió y dijo en tono burlón:

—Me gustaría presumir algún tiempo con esta huella en mi piel. Parece ser un privilegio importante.

—No olviden que hay un muerto —apuntó Barguib—. Y en tales circunstancias, hemos de ser cautelosos. Es posible que se suspendan las excavaciones.

—¡No! —gritó Olga—. ¡Ustedes no pueden hacer eso! ¡Estamos autorizados por la Dirección General de Cultura!

—Escuche, señorita Jankelvich —replicó el inspector Barguib secamente—. Dejemos la cultura aparte. Ha muerto un hombre. Yo no creo en espíritus del pasado. Se lo he dicho al profesor Woroff y se lo repito a ustedes, La muerte del fotógrafo es real, tangible, de ahora. Los muertos no resucitan para asesi...

El timbre del teléfono interrumpió al inspector, quien lo descolgó diciendo:

—Sí, aquí Sedik Barguib... ¿Eh, cómo? —Su expresión se demudó súbitamente—. Sí, sí... Voy inmediatamente para allá.

Jack Alden comprendió que algo grave había sucedido, relacionado con ellos. Por esto, cuando el inspector colgó el auricular y se levantó de su asiento, preguntó:

—¿Qué ocurre, inspector Barguib?

—¡Otro asesinato! ¡Ahora se trata del ingeniero Andrei Ostwozc, que ha muerto apuñalado en las galerías del templo de Micerino!

—¡No! —exclamó Olga, con desmayo.

Capítulo III

PASADIZOS CONDENADOS

El cuerpo del ingeniero Ostwozc yacía boca abajo, sobre el milenario polvo de la galería tercera, a unos cincuenta metros de la entrada. Uno de los agentes de servicio había colocado sobre él una manta.

El inspector Barguib, acompañado por Jack Alden y Wasili Kazanov, dado que Olga se había quedado con el atribulado profesor Woroff, fue quien se inclinó sobre el muerto y retiró la manta. Tras un breve examen, se volvió al agente que estaba más cerca.

—¿Cómo ocurrió? Ordené que no entrase nadie.

—Lo siento —replicó el agente—. Se trataba únicamente de efectuar una medición de la galería. El profesor Woroff insistió, diciendo que era importante realizar unos cálculos. No vimos inconveniente, si alguno de nosotros les acompañaba.

—¡Yo dije que nadie debía entrar aquí! —gritó Barguib.

Y su voz sonó de modo lúgubre y siniestro en la galería.

—Sí, señor. Eso fue lo que les dije yo también. Pero... Insistieron tanto. No vi peligro, yendo yo con ellos.

—¿Y qué ocurrió?

—Empezamos a medir —dijo Kazanov, con voz insegura—. Todos llevábamos cascos con lámparas. Andrei me ayudaba... Había un agente en la entrada y otro me acompañaba... ¡Y se nos apagó a todos la luz! En la oscuridad, quedamos todos sobrecogidos. Sentí como un viento cálido rozaba mi rostro. Andrei lanzó un grito desgarrador. Creo que eché a correr y tropecé con el agente Mohamed.

»Alguien encendió luego un fósforo.

—Fui yo, inspector —dijo el agente—. Las lámparas no funcionaban y... Confieso que estaba asustado. Pero la oscuridad duró poco. Tal vez cinco minutos, o algo menos. Se encendieron entonces todas las lámparas de los cascos, ¡incluso la de él!

—¡Y le vimos tal y como está ahora, sangrando a borbotones por la espalda! —terminó Wasili Kazanov, con un jadeo—. Murió a los pocos segundos.

—¡No había nadie más aquí! —añadió el agente—. El asesino debió de entrar por alguna puerta secreta.

—¿Y cómo explica el apagón de todas las lámparas, Mohamed?

El agente sacudió la cabeza.

—No puedo comprenderlo.

Jack miraba hacia el fondo del pasadizo, cuya impresionante negrura parecía ocultar la muerte. Hubo de sobreponerse a la impresión, para decir:

—Opino como el agente, inspector. Estas paredes deben guardar un secreto. Alguien conoce el modo de entrar aquí desde el exterior. Se

emplea algún procedimiento desconocido para apagar las lámparas de cadmio. Sin embargo, el asesino ve en la oscuridad... ¡Y lo que se pretende es impedir que efectúen mediciones!

En el suelo, junto al muro, yacía la cinta metálica con la que Andrei Ostwozc y Wasili Kazanov habían estado midiendo.

—¿Por qué? —preguntó Barguib—. ¿Qué razón hay para ello?

—El profesor Woroff —añadió Kazanov— cree que yo me equivoqué en la primera medición. Por eso envió a Olga. Esta noche hemos vuelto Andrei y yo. Si medimos exactamente la longitud del pasadizo, el profesor cree poder determinar dónde se encuentra la entrada secreta.

Después de reflexionar brevemente, Barguib dijo:

—Está bien. Voy a colaborar con ustedes. Sacaremos el cadáver de aquí y realizaremos esa fatídica medición.

—Propongo que empleemos antorchas —sugirió Jack Alden—. Creo que la luz eléctrica funciona aquí muy mal. Y los fósforos no se apagan.

Poco después, dos sobrecogidos camilleros, que llegaron acompañados de un agente, se llevaron el cadáver. Llegó también el doctor Chaid-el-Anwir. Del almacén, el capataz de excavadores y tres supersticiosos trabajadores trajeron varias antorchas.

De aquel modo, en presencia de la policía, Jack Alden y Wasili Kazanov procedieron a realizar la medición completa y perfecta de todo el pasadizo.

A los noventa y seis metros de la entrada, Jack hizo una verificación. Recordaba haber hecho una señal en el suelo, con el pie, después de que Olga le dijese que la cinta se había desprendido. Jack recordaba la medida y la señal que él mismo efectuó. Sin embargo, ahora, la señal del suelo, perfectamente comprobada, estaba situada a los noventa metros.

No dijo nada de esto y terminaron de realizar la medición. La galería tenía exactamente ciento cuarenta y cuatro metros.

* * *

—¡Es, exactamente, seis metros más corta que las otras dos! —exclamó el profesor Woroff—. ¡Y es lo que suponía! ¡El mensaje de Edfur-set alude al camino más corto de las seis medias galerías!

—¿Y qué significa ésto? —preguntó el inspector Barguib—. Allí sólo hay tres galerías y no seis.

—Eso mismo me pregunté yo —contestó Anton Woroff, dirigiendo una enigmática sonrisa al inspector—. Pero estas cosas hay que comprenderlas con la mentalidad antigua. Y cuando se comprenden bien, sin error, admira uno más a nuestros antepasados, que eran casi genios matemáticos.

»El secretó, precisamente, está en esas «seis medias galerías». ¿Qué quiere decir, si sólo hay tres? Muy sencillo. Dividimos las tres por la mitad y tenemos seis galerías. Cuatro de ellas, poseen setenta y cinco metros cada una. Dos miden setenta y tres metros. ¡Y ahí está lo que andamos

buscando!

—¿Se refiere usted a la galería tercera? —preguntó Jack.

—¿A qué otra? —retrucó Woroff—. Si vamos allí y medimos setenta y tres metros, hallaremos un nuevo pasadizo.

—Lo siento. Me opongo a que se realicen nuevas visitas a esa galería —dijo Sedik Barguib, de forma tajante.

—¡Usted no puede entorpecer nuestra labor científica! —exclamó Anton Woroff—. Haré una reclamación ante el Ministerio de Cultura.

—Dos muertes violentas justifican plenamente mi decisión. Las excavaciones quedan temporalmente suspendidas. Voy a precintar la entrada.

—¡Usted no puede hacer eso! —intervino el doctor El-Anwir, con energía.

—Escuche, inspector. Debe reflexionar. Admito que usted se propone proteger nuestras vidas. Pero Olga y el señor Alden han sido elegidos por Edfur-set y sus vidas no corren peligro. ¡Déjelos ir a ellos!

—Yo no soy egiptólogo, ni creo en espíritus del pasado, profesor. En la Academia de Policía nos enseñaron a tratar con transgresores de la ley y asesinos de carne y hueso. Ningún muerto puede matar a un vivo. Y eso lo llevaré ante los tribunales, si es preciso.

»Aquí han muerto dos hombres. Y como los espíritus no matan, deduzco que se trata de un ser vivo el que ha cometido esos crímenes. Ya ha medido usted la galería. Hasta que no se aclare este asunto, nadie más volverá a penetrar...

—¿Me obliga usted a realizar una reclamación oficial a través de nuestra embajada? —inquirió Woroff.

—Haga lo que guste. Yo no tengo interés alguno en mantener callado este asunto. Sé que, a excepción de la señorita Olga Jankelvich y el señor Jack Alden, que se encontraban conmigo cuando murió el ingeniero Andrei Ostwozc, todos ustedes son sospechosos de asesinato y habrán de permanecer bajo vigilancia policíaca.

—Déjeme ir a mí —habló Jack, de pronto—. Olga puede acompañarme. Encontraremos esa galería secreta y puede que averigüemos el misterio que rodea esas muertes. Usted acaba de decir que nosotros no somos sospechosos. Además, el profesor Woroff supone que nada nos ocurrirá.

—No creo en esa inmunidad —dijo Barguib—. Por lo tanto, me opongo.

—Pues lo siento. Ni usted ni nadie me impedirá penetrar en la galería —contestó Jack, resuelto—. Aprovecharé el menor descuido que tengan sus hombres. Creo que podemos encontrar algo muy valioso en esos subterráneos, cuya antigüedad es más de mil veces anterior a todos los reglamentos policíacos.

»Estamos desentrañando la historia, inspector Barguib. El mundo

necesita saber cómo fue el pasado. Si llegamos a averiguarlo, tal vez logremos cambiar el futuro.

Sedik Barguib sacudió negativamente la cabeza.

—Lo siento. Arrestaré al que trate de violar la ley.

—¿A mí también? —inquirió Jack en tono desafiante.

—Si alguien se obstina en entorpecer mi labor, puedo arrestarle.

—¡Tendrá que ponerme en libertad antes de veinticuatro horas! —repuso Jack.

—Sí, de acuerdo. Le llevaré al aeropuerto y le expulsaré del país. Es todo lo que tengo que decirles.

Sedik Barguib dio media vuelta y abandonó la tienda de Anton Woroff, que era donde había tenido lugar la entrevista. El profesor estaba muy abatido. Olga trató de consolarle, diciéndole:

—No se apure, profesor. Ni ese hombre ni nadie podrá entorpecer nuestra labor.

—¡Se me escapa, Olga! ¡He dedicado toda mi vida a este trabajo, y cuando estoy a punto de conseguir algo...! ¿Por qué ha de ocurrir esto?

Jack Alden miró al profesor y dijo:

—Alguien trata de impedir que lleguemos más allá. No me cabe la menor duda. Confieso, profesor Woroff, que no tenía mucha fe en estos trabajos. Algunos colegas míos, del «A. S. O. R. », creen que es usted extraordinario. Yo no pensaba igual y vine aquí con algunos prejuicios. Ahora, sin embargo, he cambiado de opinión.

—Agradezco mucho sus palabras, señor Alden —dijo Woroff, tristemente—. Me dan aliento y me confortan. Mas ¿qué podemos hacer?

—Yo, desde luego, buscaré el modo de entrar en la galería. No me importa si soy «adepto», inmune o elegido. Tampoco me inquieta mucho si, en beneficio de la ciencia, recibo una puñalada en las costillas. ¿Alguien puede prestarme un revólver?

Alarmada, Olga se volvió a Jack.

—¿Qué te propones?

—Llegar hasta la galería tercera y emplear el proyector de rayos «gamma» sobre las paredes de la galería, a los setenta y dos metros de longitud. ¿Quieres acompañarme, Olga?

—¡La policía no nos dejará pasar!

El profesor Woroff abrió un cajón de su mesa y extrajo una pistola automática. Brillaban sus ojos, al decir:

—Confío en usted, Alden. ¿Le servirá esto?

—¡Ya lo creo! Dé usted a Olga su lámpara mágica.

Necesitaremos algunas herramientas de trabajo... ¡y antorchas!

—¡Wasili les proporcionará lo que necesiten! ¡Que Dios le bendiga, hijo mío!

Jack Alden sonrió y tomó el arma, examinándola con detenimiento. Luego, preguntó a Olga:

—¿Quieres acompañarme?
—Sí, naturalmente.

* * *

—¡Quédate aquí! —susurró Jack.
Se arrastró por entre las piedras de las ruinas del templo, hacia el lugar donde estaban instalados los focos. Dos agentes de policía montaban guardia allí. Uno llevaba una ametralladora colgada del hombro. No parecían muy tranquilos, dirigiendo continuas miradas hacia la entrada de la galería.
Jack vio que el inspector Barguib había colocado tablones y grandes piedras.
Reptó sigilosamente. La noche era oscura y estrellada. No había viento y la temperatura era agradable.
Pisó un guijarro e hizo un ligero ruido. Los dos agentes se volvieron instintivamente.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de ellos, en árabe.
—¿Quién anda ahí? —inquirió el otro, en tono medroso.
Jack se aplastó contra el suelo, conteniendo el aliento. Su plan era sorprender a los dos agentes. Sabía que por aquello podía ser arrestado e incluso expulsado de Egipto pero, como Anton Woroff, tenía fe en las investigaciones, que no podían quedarse interrumpidas por un simple trámite policial.
Los dos agentes creyeron que les habían engañado sus sentidos. Todo el campamento dormía. El silencio volvía a ser absoluto.
Pasados unos minutos, Jack reanudó su avance. Al alzar la cabeza, para mirar a los agentes, bizqueó al contemplar algo insólito e inesperado.
¡Detrás de los dos policías, sin ruido, las piedras y los tablones que obstruían el paso hacia las galerías, se estaba moviendo, alzándose, como si una mano gigantesca e invisible las moviera!
Jack hubo de hacer un sobrehumano esfuerzo para no lanzar un grito. Lo que estaba viendo era increíble, extraordinario, pasmoso. ¡Y uno de los agentes lo vio también, al volver la cabeza!
De su garganta surgió un grito de terror.
—¡Y Allah! ¡Y Allah!
Su compañero, como picado por un escorpión, apenas si volvió la cabeza. Quizá ni siquiera tuvo tiempo de ver las piedras y los tablones oscilando en el aire. Luego salió corriendo y estuvo en un tris que no pisara a Jack, al que no vio.
Como hipnotizado, el joven americano vio aquella extraña levitación. No quiso admitir que se debía el fenómeno a una causa sobrenatural.
—¡Olga! —llamó.
La joven arqueólogo rusa se acercó corriendo. Había oído los gritos y presenció la huida de los dos agentes.

—¿Qué es... eso? —tartamudeó ella.

—El espíritu de Edfur-set, Señor de la Eternidad, nos facilita el camino.

Todos los objetos levantados cayeron de pronto, con estruendo, a ambos lados de la entrada de la excavación. La luz continuaba encendida. Pero ni en las inmediaciones, ni en el interior de la galería, se encontraba nadie.

—No entremos, Jack —susurró Olga.

—Los agentes se han ido. Darán la alarma, avisarán a los otros y vendrán más. Luego sería difícil entrar. Hemos de aprovechar esta oportunidad.

Jack empuñaba ahora la pistola de fabricación rusa que le diera el profesor Woroff.

—Vamos, Olga. ¿Tienes miedo?

—Sí, pero... Vamos.

Se oían voces y gritos en el dormido campamento. Los agentes de Sedik Barguib estaban dando la alarma.

Y como el camino a las galerías subterráneas estaba expedito, tomando el cesto de las herramientas, dejado junto a Olga, Jack se aventuró a entrar en la galería condenada.

Descendieron lentamente, uno muy cerca del otro, alumbrándose con linternas de mano.

—¿Cómo se han podido levantar las piedras? —preguntó Olga.

—No lo sé. Tal vez se trate de alguien que posea poderes extrasensoriales... ¡Un fenómeno de levitación! Se dice que, de ese modo, concentrando el poder mental de varios cerebros superdotados, se levantaron los grandes bloques de piedra que componen las pirámides.

—¿Y crees tú eso, Jack?

—Si no tuviera en mi frente la señal de la cruz de Cleito, no creería nada. Ahora, te confieso que dudo de todo, hasta de mí mismo.

Cuando llegaron a la antecámara, tomaron dos cascos de los que estaban sobre la mesa de madera. Jack dijo:

—No me fío mucho de estas lámparas. Sin embargo, llevémoslas. Los cascos pueden protegernos.

Olga dirigía temerosas miradas hacia la galería tercera. En voz muy baja, musitó:

—Quisiera volverme, Jack.

—Ya es tarde. Sígueme.

Colocaron la cinta métrica en la entrada de la galería, afirmándola al suelo con varias piedras, en más de un metro de extensión, para que fuese imposible moverse. Luego, avanzaron por la galería, dejando ir detrás de ellos la cinta.

Pero mucho antes de llegar a los setenta y dos metros, Jack se detuvo, señalando al frente.

—Mira, Olga... ¡La galería termina aquí!

—¡Eh! ¡No puede...!

Dirigidas las dos potentes linternas hacia el frente, pudieron ver una entrada a la izquierda, del mismo tamaño y anchura de la galería. Era como si el muro se hubiese corrido, interceptando la galería y abriendo una entrada que ellos no habían visto. ¡Y ésta se hallaba, casi exactamente, a los setenta y dos metros de la antecámara!

—¡Volvámonos, Jack! —suplicó Olga—. ¡Es demasiado extraordinario!

Jack no contestó. Avanzó, y ella, por no quedarse atrás, optó por seguirle. Así llegaron ante la misteriosa entrada, descubriendo un nuevo pasadizo ligeramente en descenso, que se perdía en la oscuridad.

Pero no era esto solo. Allí había alguien... ¡Y la luz de las lámparas lo descubrió!

¡Era un ser extraordinario, erguido, con los brazos cruzados, vistiendo un ropaje verde, largo hasta el suelo, con la cabeza completamente rapada rostro oriental y pómulos altos y abultados, que les miraba con ojos vidriosos!

Y de sus labios surgieron palabras incomprensibles.

¡Jack Alden tuvo la impresión de hallarse ante un ser resucitado en el tiempo, un sacerdote de la Antigüedad; tal vez un espíritu sobrenatural que carecía de relación con el presente!

¿Podía ser la reencarnación de Edfur-set o era el propio Señor de la Eternidad?

Capítulo IV

REGRESO AL PASADO

Después de pronunciar aquellas enigmáticas palabras, el presunto espíritu añadió, ahora en inglés:

—Síganme. Les guiaré hasta nuestro Sumo Sacerdote, Edfur-set.

Jack avanzó unos pasos, como atraído por el magnetismo de aquellas palabras. Sin embargo, Olga Jankelvich no se movió, sosteniendo la lámpara en una mano y la cinta métrica en la otra.

—Vamos, Olga —musitó Jack—. Nos esperan.

Entonces, la conducta de Olga varió. Se situó junto a su compañero y caminó por aquella ligera pendiente.

El individuo del ropaje verde desenlazó sus brazos, bajándolos a lo largo del cuerpo. Luego, maquinalmente, dio media vuelta y echó a andar por el pasadizo.

A espaldas de Jack y Olga se produjo un leve ruido. Él volvió la cabeza y alumbró con la lámpara, a tiempo de ver cerrarse la gran losa que antes había obstruido el paso de la galería tercera.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Olga, con un hilo de voz—. Apenas si he comprendido una o dos palabras.

—Ha dicho que nos conducirá hasta el lugar donde se encuentra el Sumo Sacerdote —replicó Jack, en el mismo tono de voz.

Delante de ellos, caminando como un sonámbulo, el extraño personaje avanzaba por el pasadizo en declive, hasta que llegaron al fondo de la galería. Allí, ésta torcía a la izquierda. Sin vacilar, el guía cambió de dirección. El nuevo camino también era en declive. Y una vez más, Jack volviendo el rostro, vio cerrarse otra gran losa a sus espaldas. Dedujo que aquellas piedras debía moverlas algún resorte oculto en el suelo, dado su gran tamaño.

Pero, de súbito, Jack percibió perfectamente un zumbido en sus oídos, seguido de un aturdimiento. Y algo se produjo en su mente, que le causó un extraordinario cambio psíquico.

De pronto no supo dónde se encontraba, ni quién era, ni lo que estaba haciendo allí. Sin embargo, continuó caminando, dando vuelta siempre a la izquierda, descendiendo, oyendo cerrarse las puertas de piedra a su espalda... ¡Y sin saber tampoco quién era la mujer que le acompañaba!

Ignoraba además, cuánto tiempo llevaban caminando por aquellas galerías sombrías. El tiempo parecía haberse confundido en su cerebro. La realidad se había transmutado.

Y, de pronto, al desembocar en un ancho pasillo, vio una luz muy parecida o igual a la del día, ¡que lo inundaba todo, como surgiendo a través de los muros de piedra!

El individuo que les acompañaba se detuvo entonces. Se volvió y

esbozó una extraña sonrisa. Luego, habló en una lengua que resultó familiar y conocida a Jack y Olga, ¡a pesar de que jamás la habían escuchado!

—Estamos llegando al santuario de Edfur-set —dijo—. Detrás de esa puerta que va a descorrerse pronto, hay un mundo distinto al exterior. Los extraños no pueden penetrar en él.

»Las sacerdotisas les despojarán de sus ropas y les bañarán con aguas purificadas. Ungirán sus cuerpos con aceites y ungüentos y les vestirán de acuerdo con nuestras costumbres. Después, serán recibidos por el Sumo Sacerdote.

»No deben inquietarse por nada. Ya han cruzado la barrera que nos separa del exterior. Ignoro si podrán volver a salir o se quedarán para siempre aquí. De un modo u otro, deben sentirse halagados y felices porque el dedo de Edfur-set les haya señalado.

Jack y Olga asintieron en silencio.

Se descorrió parte del muro que tenían delante. El guía se hizo a un lado, dejándoles el paso libre. La pareja de arqueólogos se encontró entonces en una extensa sala, con puertas doradas y cinceladas, de suelo embaldosado con extraños dibujos, y ¡ante ocho hermosas muchachas jóvenes y de piel morena, que les sonreían y se inclinaban ante ellos!

Eran ocho verdaderas beldades. Vestían de un modo exótico y desconocido, una especie de pantalones casi transparentes, que permitía adivinar el contorno de sus piernas, bajo los que usaban algo así como breves «slips» brillantes. Unos corpiños cortos, de encaje y pedrería, cubrían sus torsos.

Llevaban joyas en el cuello y en los brazos, y sus pies calzados con zapatos parecidos a sandalias de piel plateada y flexible.

—Bien venidos seáis —dijeron todas, al unísono, sin dejar de sonreír —. Acompañadnos. Los baños están preparados.

Cuatro muchachas rodearon a Jack y otras cuatro hicieron lo mismo con Olga, llevándoles a ambos hacía una de las puertas doradas, del lado derecho. La puerta se abrió y pasaron a una gran sala, con numerosas puertas más pequeñas.

Jack fue conducido al interior de un extraño salón, en el que había una piscina de baldosas azules y blancas, placas de mármol y varios asientos de piedra de diversos tamaños.

Le hicieron sentarse en uno de aquellos asientos. Empezaron a desnudarles con manos ágiles, despojándole de todas sus ropas, las cuales fueron arrojadas a un rincón.

Ninguna de las beldades sintió el menor rubor. Dos de ellas, tras despojarse de sus pantalones transparentes y los corpiños, se metieron con Jack en la piscina. Otra les fue dando esponja, tarros de cristal blanco, con diversas pomadas, y ellas empezaron a frotarlo de pies a cabeza.

—Es muy importante estar limpio y oler bien para presentarse ante el

Sumo Sacerdote —habló una de las mujeres, mientras frotaba con la esponja el pecho de Jack.

Éste tampoco experimentó sensación de vergüenza o pudor. Le parecía lo más natural del mundo que aquellas bellezas le ayudaran a lavarse bien, cosa que hacían con esmero y meticulosidad.

—Tenemos que quitarte el vendaje que llevas en la frente —dijo una, sonriendo y mostrando sus hermosos dientes—. A Edfur-set le gusta ver el sello de los elegidos.

—Sí, desde luego —respondió Jack—. Hemos de agradar al Sumo Sacerdote. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Mania —dijo la aludida. Ella es Germa... Las otras se llaman Arete e Iola.

Todas las muchachas aludidas asintieron e inclinaron la cabeza cuando las miró Jack.

—Mucho gusto en conoceros. Mi nombre es... —Jack se detuvo, apareciendo en su expresión una sombra de estupor.

Las otras rieron. Mania dijo:

—No te acuerdas. Tu personalidad quedó en el otro mundo. Aquí recibirás muchas sorpresas. No te preocupes; Edfur-set lo arreglará todo.

Mania y Germa terminaron de frotarle y le invitaron a salir del baño. Luego, le tendieron sobre una especie de mesa, sobre la que Arete e Iola habían colocado una gran toalla blanca, y procedieron a secarle.

Mania y Germa se secaron también y se pusieron las prendas que se habían quitado. Después, sacaron de un armario esencias y perfumes y frotaron el cuerpo desnudo de Jack.

Hecho esto, procedieron a vestirle, colocándole un pantalón elástico, corto y ajustado a las caderas. Después, le pusieron una camisa de fino hilo, de colores blanco y azul pálido.

Iola procedió a peinarlo con cuidado, haciéndole bucles y rizos con especial maestría y sujetando el cabello con esencias aromáticas.

Le pusieron también un cinto plateado y ancho, que llevaba numerosas piedras preciosas engarzadas, y terminaron por colocarle unas sandalias plateadas, sujetas con tiras elásticas al tobillo.

Hecho esto, le ayudaron a ponerse en pie y le llevaron a un sector del muro, que se había descorrido silenciosamente, dejando al descubierto un espejo.

Jack vio su nuevo aspecto y le agradó. Parecía un noble de una época desconocida. En su mente, la figura resultó grata.

Y en su frente, la cruz de Cleito aparecía limpia, bien marcada, sin costra alguna, ligeramente azulada.

—¿Causaré buena impresión a Edfur-set? —preguntó, volviéndose a las muchachas.

—Desde luego —le dijo Germa—. Vamos. Te acompañaremos hasta la antesala del Templo.

* * *

Cruzaron naves suntuosas, algunas con espectaculares estatuas doradas, que representaban figuras humanas de exquisita perfección. Otras mostraban cuerpos esbeltos de animales desconocidos, en diferentes actitudes.

Se cruzaron también con monjes y sacerdotisas que se inclinaron a su paso, con mudas y respetuosas reverencias. También vieron a una bellísima mujer de cabellos largos y dorados, que estaba sentada en un banco de mármol, ¡y que, como ellos dos, llevaba en la frente la señal de la cruz de Cleito!

Las acompañantes de Jack y Olga se inclinaron ante aquella singular criatura, en muestra de sumisión y respeto. Sin embargo, ella miró al grupo y no despegó los labios. Poseía aires de diosa pagana.

Al fin, el paseo terminó en una sala inmensa, de elevadas columnas doradas, que sostenían un techo recubierto de plafones con relieves de extrañas figuras. Todo era de oro allí, incluso el suelo y las paredes.

De haber conservado su anterior personalidad, Jack y Olga habrían quedado maravillados de tanta riqueza. Pero nada les llamaba la atención. Todo parecía allí lógico y normal.

Al fondo, una escalinata, también de oro, conducía a una plataforma elevada, donde había un sillón de ónix. Y en el que se sentaba un hombre cuyas facciones eran exactamente como las de profesor Anton Woroff. Sin embargo, ni sus ropas, ni el singular casco que cubría su cabeza rapada, ni las joyas que adornaban sus manos y su garganta, tenían relación alguna con el sabio soviético.

Tampoco Jack ni Olga pudieron apreciar el parecido, porque en sus mentes no existía memoria alguna de su existencia anterior.

Vieron que en torno al sillón de ónix habían unos quince personajes, ataviados con ricas vestiduras, muy parecidas a las que ahora llevaban ellos, con adornos de oro y piedras preciosas refulgentes, que les examinaban con atención. Y todos tenían impresa en sus frentes la cruz de Cleito.

—Mi corazón cansado y milenario se regocija una vez más al recibir a nuestros hijos predilectos —habló el Sumo Sacerdote, poniéndose lentamente en pie y extendiendo sus manos hacia los recién llegados—. Venid, acercaos.

Jack avanzó primero y recibió el abrazo de Edfur-set. Lo mismo hizo Olga. Dos de los elegidos se acercaron, con escabeles tapizados, que situaron delante del trono de ónix.

—Sentaos, hijos míos. Aunque no lo parezca, los siglos pesan sobre mí.

Jack se sentó instantes después de haberlo hecho Edfur-set. Olga también hizo lo mismo.

—¿Qué os parece la mansión del pasado? —preguntó entonces Edfur-

set.

—Maravilloso —confesó Jack.

—Me alegro que os agrade. Aquí podéis vivir, a partir de ahora, hasta que llegue el momento de abandonar este planeta para regresar a nuestro ancestral punto de partida. Aquí, el tiempo se ha detenido desde antes del Gran Cataclismo universal.

»A menos que, adecuadamente adiestrados y preparados, decidamos enviaros al exterior. ¿No recordáis nada de allá afuera?

—No, Señor de la Eternidad —dijo Olga—. Sólo sabemos que estamos aquí por voluntad y deseo de Cleito, el Señor del Tiempo y de la Vida

—Sí, Cleito os ha elegido. Yo se lo indiqué. Os vi desde la cumbre de la gran pirámide. Mi espíritu voló al exterior. Vi que érais jóvenes y vuestro amor me enterneció. Yo también he salido al mundo. Si pudierais recordar vuestros pasos en el exterior, veríais que mis rasgos son los del digno profesor Anton Woroff. Yo hice sus facciones como las mías. Y moldeé su mente, permitiéndole saber lo que a un ser mortal se le puede permitir.

»Aquí se puede venir de muchas maneras. Muchos de estos queridos amigos fueron faraones de la Antigüedad. Otros ocuparon puestos relevantes en las cortes reales y en los gobiernos de todo el mundo. Yo los elegía para servir a Cleito. He desdoblado sus mentes, ampliando sus conocimientos inconscientes. El poder de nuestra mente es nueve veces superior al de las gentes del exterior, que sólo vislumbran la verdad cuando duermen.

»¡Ah, ser insignificante y mortal! ¡Cuántas veces os habéis preguntado qué hay en el Más Allá! Aquí podéis verlo. Estáis vosotros mismos, el pasado, la historia más antigua y verídica... ¡Los que buscan el camino de la verdad, tarde o temprano lo encuentra, aquí o allá, dentro o fuera, en vida o en muerte!

»Cleito es magnánimo y me ha escuchado. Ya estáis ante mí. Ahora, sin prisa, decidiremos vuestro destino.

—¿Conoce alguien el destino de los seres viviente? —preguntó Jack, del modo más natural.

—Por supuesto. El destino lo llevamos escrito en la mente. Sin embargo, el hombre no ha podido descubrirlo porque sólo sabe mirar hacia afuera de sí mismo. Nadie le ha enseñado a mirar hacia dentro.

»Eso es sorprendente en el hombre. Ni siquiera el poderoso Cleito es capaz de modificar ese destino que fue señalado en alguna parte, antes de la existencia misma de la vida.

»Vosotros dos estáis aquí obedeciendo ese inmutable destino. No os extrañe. Yo no soy Cleito, sino el que está más cerca de él, por mis años y mi experiencia.

»Yo nací hace siglos... ¡Muchos siglos, hijos míos! Y me inicié en las ciencias sagradas del espíritu. Mi mente es grande, pero todavía no es

perfecta. El hombre, por mucho que haga, jamás alcanzará la perfección, porque ésta sólo pertenece a Cleito, que ha vivido siempre.

Jack tuvo la impresión de que la luz penetraba en su cerebro. Empezó a comprender lentamente. Por esta razón, preguntó:

—¿Cuántos años has vivido, Edfur-set?

—Más de veinte mil. Soy muy viejo. Nací en la Hesperíada, la gran ciudad atlántica, donde se instalaron los antepasados del hombre terrestre. Ellos procedían del planeta Marte, cuyas condiciones ambientales se enrarecieron y les obligaron a trasladarse aquí.

»Pero Cleito les advirtió que la Tierra era peligrosa aún, porque su corazón es pulsante e inestable. Sin embargo, no había elección. Y las naves del cosmos fueron trasladando a los reyes de Marte.

»Ya vivían seres en la Tierra antes de la Gran Llegada. Eran hombres y mujeres que habitaban en las cavernas, los bosques y los lagos. Algunas tribus poseían casas hechas de troncos de árboles. Rodeados de agua, se protegían de las fieras que merodeaban durante las oscuras noches.

»No conocían más fuego que el rayo y las centellas. La existencia era efímera y los nuevos habitantes de Atlántida iniciaron la labor encomendada por Cleito de enseñarles los rudimentos de la cultura.

»Así fue como aquellos seres primitivos tomaron por dioses a los que sólo eran hombres de piel blanca y limpia. También se mezclaron los falsos dioses atlantes con las hembras primitivas.

»Era humano y ello agradó a Cleito, cuya bondad es infinita.

»La Hesperíada creció y llegó a ser casi tan grande como en Marte habían sido las ciudades de Gorpas y Cleitóada, cuyos moradores sumaban seis veces mil millones.

—¿Y qué le sucedió a tan enorme población? —preguntó Olga.

—¡Ah, hija mía! Ocurrió un gran cataclismo. En muchas regiones el suelo se hundió bruscamente. Las aguas cubrieron casas y sembrados. Fue imprevisto.

»Los reyes de la Hesperíada se reunieron en el templo de Poseidón y deliberaron. Fue preciso abrir los almacenes secretos y embarcar a muchos sabios en las naves, enviándolos a la aventura del Cosmos, de donde jamás volvieron.

»Tenían el deber de buscar un mundo, entre las estrellas, para albergar a nuestra raza. No era caso estar viviendo precariamente, con la amenaza de catástrofes siempre latente. Cuando encontrasen el planeta prometido, regresarían las naves con los pilotos, dejando allí a los sabios. Mientras, nosotros habríamos construido muchas más naves y nos iríamos todos, llevándonos los tesoros culturales de nuestros antepasados. Todo estaba preparado.

»En las colinas de la Hesperíada, donde aún no habían llegado las aguas, siempre crecientes, en torno a los templos, se apiñaban los hombres desesperados, en naves marítimas, se lanzaron a cruzar el proceloso

océano. Unos llegaron al País Vasco, de altas y verdes tierras, donde se instalaron. Otros cruzaron por la brecha abierta al Mar Interior, cuyo caudal aumentó en aquella época.

»La sólida y férrea herradura del Monte Atlas se había roto, como vaticinó Cleito, al que invocaron los oráculos. Las dos columnas de Hércules se habían separado. Las naves pudieron llegar a las tierras fértiles del norte de África.

»Fue un angustioso y terrible éxodo. Pero entre los aventureros no había sabios, ni sacerdotes, ni astrónomos. Sólo eran hombres y mujeres desesperados.

»Algunos volvieron en sus naves marítimas. Y nos dijeron que habían hallado paraísos fértiles. Nosotros seguíamos esperando el regreso de las naves del cielo.

»Fue entonces cuando me llamó el rey Agmentor VI. Yo acababa de ser elegido Sumo Sacerdote del templo de Cleito, en Hesperíada. Y desde las terrazas de la mansión sagrada veía cómo el mar cubría ya grandes extensiones de nuestra amada Atlántida.

»—Edfur-set —me dijo Agmentor VI con tristeza—, ya no podemos esperar más. Las naves del cielo no regresan. Sólo el poderoso Cleito sabe lo que les ha ocurrido.

»—Cleito nos ha dicho que las naves volverán, mi rey —osé decir, temeroso de contradecir a mi gran señor.

»—Cuando vuelvan, ya habremos muerto. Hay que partir...

Capítulo V

ÉXODO ANTEPREHISTÓRICO

Sólo cimas, colinas, cúspides y montes emergían aún de las azules y devoradoras aguas. Edfur-set, desde la terraza superior del dorado templo de Cleito, cuyas murallas lamían ya las olas, contemplaba el mar, miraba al cielo y rezaba.

Abajo, en los patios, millares de seres desesperados imploraban también la ayuda divina. Antes, aquellos seres habían llevado la civilización a todos los confines del globo. Sus valientes naves, surcando las olas, llevaron el saber al Este y al Oeste. El maya, el inca y el azteca les acogieron como a «Viracocha». En el lejano Zipango, los pequeños hombres amarillos, maestros en la escultura, les regalaron estatuas que representaban a los atlantes con sus ropas extraordinarias.

El planeta era rico en oro de aluvión. Se podían recoger las piedras amarillas en el lecho de los ríos, en las márgenes arenosas. A cambio de la cuarcita, la caseterita y la pirita, los atlantes enseñaron a los nativos a construir viviendas decorosas. Las sierras de acero cortaban el duro basalto, el granito y hasta las piedras negras caídas del cielo, ricas en hierro magnético.

Fue mucho lo que las naves atlantes hicieron por aquellos pueblos primitivos de todas las riberas del anchuroso mar. Les dieron cultura y ciencia, sabiduría y técnica. Gracias a ellos dominaron el fuego, fundieron los metales, obtuvieron la electricidad —¡las increíbles luces de piedra! — y mejoraron su salud, sus habitáculos y su agricultura.

Ahora, Edfur-set tenía que abandonar la Hesperíada. El rey se lo había ordenado. Se estaban construyendo naves marítimas, con grandes velas blancas. Podía verlas, en la vertiente oriental, cubriendo la superficie de la colina.

El Sumo Sacerdote lo había arreglado todo. Obedecía a su amo terrenal y a su amo espiritual. Agmentor VI y el poderoso Cleito podían estar satisfechos de él. Iba a dedicar su inmortalidad, si es que era inmortal, porque Edfur-set, íntimamente, lo dudaba mucho.

Él estaba en el secreto de la transmisión de poderes. Su antecesor murió en la cripta secreta. Y él fue investido como Sumo Sacerdote. Los cirujanos le arreglaron el rostro, para que sus facciones fueran como las de Edfur-set. Era un relevo, nada más.

Sin embargo, Edfur-set debía decir al pueblo que su vida era eterna. El rey le respetaría, y le acatarían los generales de la Armada. Un ser inmortal debía ser sagrado.

Algo de todos los Edfur-set anteriores se había transmitido al nuevo sacerdote supremo. Era el Espíritu Sagrado, la esencia de Cleito. El hombre necesitaba creer en el Más Allá. Esto confortaba su existencia, daba

resignación a su muerte. La ley natural se cumplía más fácilmente.

Y el Sumo Sacerdote, Gran Magistrado, Señor de la Eternidad, Adepto de Cleito, supo cumplir ante Dios y ante el rey.

El Templo quedaría a merced de las aguas, se hundiría en las profundidades, como ya se había hundido la mayor parte del inmenso continente. Pero las naves llevarían a los supervivientes más allá de las columnas de Hércules, hacia las ubérrimas y soleadas tierras de Egipto.

El general Sartron había regresado de la ribera del Nilo. Dijo haber pactado con el rey de Nhen, quien aceptaba gustoso que los señores del Atlántico se establecieran en la cercana región de Menfis.

El rey Agmentor ya había partido, con toda su corte y escolta. Salieron una mañana, semanas atrás, con más de cien naves impulsadas por motores eléctricos, pero en sus bordas iban largas filas de remeros. Los remos y los motores vencerían la fuerza de las olas y el viento que les impulsaba hacia los lugares en donde habían desaparecido bajo el agua los pueblos atlantes, sobre los que ya se extendía la superstición de los muertos.

»Nos hemos convertido en un pueblo desdichado —pensaba Edfur-set —. Nuestros antepasados debieron hacer caso al aviso de Cleito y no instalarse en un planeta tan inestable. Claro que así divulgamos la civilización, anticipando el progreso de estos pueblos. Pero la precipitación no puede ser buena, puesto que no sigue el camino natural. Ahora, algunos pueblos odian a otros. Saben que los ejércitos sirven para someter, dominar, luchar... ¡Y eso no debieron saberlo nunca!

Edfur-set había pensado intensamente, tanto en sí mismo como en los demás. Era bueno, quería ser justo. Y, sin embargo, mentía a los creyentes, haciéndoles creer en la inmortalidad.

* * *

La segunda expedición marítima partió hacia el Mar Interior. Todos los tesoros del Templo sagrado iban en ella. Edfur-set, con su ropa de hilo de oro, estaba en uno de los castillos, viendo como quedaban atrás los maravillosos e inolvidables muros del templo de Cleito.

Las lágrimas asomaron a sus ojos oscuros y tristes. Jamás lograrían construir un templo como aquél. Pero se dijo:

»—Bajo las aguas, Cleito y Poseidón seguirán reinando entre los hombres. No importa que los maremotos lo destruyan. Es un espíritu inmortal y, por tanto, vivirá siempre.

»Yo también quiero ser inmortal...! Ardientemente, deseo vivir siempre, para ver aflorar de nuevo esas piedras doradas de entre las aguas o contemplar el regreso de los descendientes de la Gran Marcha!

Un hombre puede desear con vehemencia algo imposible, Edfur-set ignoraba entonces, por ser aún demasiado joven, que el espíritu es lo más fuerte que existe en el universo, debido a su inmaterialidad. Y lo anheló tanto que su mente le reveló el secreto de la longevidad.

Después de un azaroso viaje hasta las costas de África, bordeando la pedregosa costa de Lotofagia, llegaron al país de Uhen, donde ya habían llegado los soldados del rey Agmentor VI, quien no llegó a ver construida la ciudad de Menfis, porque murió a consecuencia de la picadura de un escorpión.

El general Sartron se hizo cargo del poder, puesto que Ingemor, hijo de Agmentor VI, aún era pequeño. En la investidura del prestigioso general intervino Edfur-set, en cuyas células alentaba ya la vida eterna. Sartron I hizo construir la ciudad sobre un punto elevado, en cuyo centro se edificó una torre de ochenta metros de altura.

La psicosis del crecimiento de las aguas dominaba ya a los emigrados. Necesitaban edificios altos, a falta de montañas, para poder salvarse de la muerte si las aguas continuaban creciendo. Esto no era cierto, y los sacerdotes y sabios lo sabían. Era la tierra que se había hundido. Pero el caso era igual. Al bajar la tierra, las aguas subían. Y para vivir necesitaban pirámides.

Edfur-set decidió, por el contrario, construir el templo de Cleito bajo tierra. Él sabía que las aguas no se mezclaban con la tierra. Conocía el secreto de los cuatro elementos: el agua, la tierra, el aire y el fuego.

Los monjes eran sabios: astrólogos, alquimistas, geómetras, matemáticos. Los escritos sagrados no podían perderse, pero tampoco caer en manos de ignorantes y desaprensivos. El poder que encerraban aquellos escritos podían transformar no sólo el mundo, sino también el curso de las estrellas. Y tales conocimientos sólo podían estar en manos de sabios, que eran los que informaban a los reyes, aconsejándoles con mayor acierto en sus decisiones.

Edfur-set no informó jamás a Sartron, el cual, antes de entregar el reino al heredero de Agmentor VI, cuando Yngemor llegó a su mayoría de edad, hizo matar a éste, hundiéndole un puñal en el pecho.

Edfur-set pensó en denunciar a Sartron I, porque las sibilas y los oráculos avisaron al Sumo Sacerdote del regicidio. Sin embargo, optó por esconderse en los pasadizos secretos del nuevo templo. Sartron era capaz de enviar sus soldados contra los sacerdotes y sacerdotisas y exterminarlos a todos.

Edfur-set prefirió esperar. Sartron I murió poco después, durante una orgía, en su palacio de Menfis. El país sufrió entonces un período de disgregación y decadencia, del que habría podido salir si del cielo hubieran regresado los navegantes que fueron en busca del planeta prometido. Pero del cielo llegaron exploradores de otras razas misteriosas, extraños dioses embutidos en escafandras, que sólo buscaban información geofísica, huellas étnicas, referencias.

Edfur-set tuvo noticias de aquellas exploraciones. Incluso vio las naves brillantes suspendidas sobre Menfis. Primero confió que fueran los descendientes de la Gran Expedición Sideral. Luego, se desengañó. Y supo

con tristeza que en las tierras babilónicas, aquellos señores del espacio, se habían aliado a reyes ambiciosos y conquistadores, consumándose la destrucción de Sodoma y Gomorra por medio de explosivos atómicos.

Edfur-set lloró de congoja. Invocó de nuevo a Cleito. Y la voz le llegó del cielo, diciéndole:

»—Preparaos tú y los tuyos, porque nuevas calamidades se abatirán sobre la superficie de la Tierra. Habrá terremotos, inundaciones, y el Nilo bajará tan crecido durante tantos días, que las aguas del Mediterráneo (Mar Interior) parecerán teñidas de sangre.

Edfur-set habría de saber más tarde que no fue Cleito quien le habló, sino su propia mente que se proyectó al futuro. Su capacidad multidimensional se había desarrollado mucho. Tenía más de cien años y aún no creía que la longevidad fuese posible por absoluto dominio psíquico.

Y la predicción se cumplió. El reino de Nhen desapareció bajo oleadas de barro. Las aguas terrosas casi cubrieron Menfis. Fue preciso cerrar las sólidas entradas del templo de Cleito, sobre el que Edfur-set pensaba construir pirámides escalonadas, para el caso de que subieran muchos las aguas, poder siempre estar por encima de ellas.

Al misino tiempo, Edfur-set quería que los obreros y artesanos estuvieran siempre ocupados. No faltaba oro para pagar sus trabajos. Se podía obtener por transmutación, incluso partiendo del sílice que tanto abundaba en la tierra.

Hacían falta campos sembrados para obtener trigo, maíz y cebada.

Los rebaños se habían perdido, pero Edfur-set indicó a los pastores dónde debían llevar el ganado, para que se reprodujera rápidamente y volvieran a tener la carne necesaria para la alimentación del pueblo. El mar contenía cantidades ingentes de peces. Las barcas regresaban cargadas dos veces al día y no era preciso alejarse mucho de la costa.

Y, entretanto, de la Hélade, de Sicilia y Tarteso, llegaban embarcaciones cargadas de oro, que se empleaba en la reconstrucción del templo de Cleito.

Fueron pasando los años. Edfur-set apenas salía de las criptas secretas, donde interrogaba los escritos sagrados de los conocimientos que los atlantes trajeron de Marte. Comprendía que el saber era importante, pero se dijo que no podía estar en manos de todos. Había conocimientos muy peligrosos que determinados hombres no sabrían cómo utilizar.

Y también se dio cuenta de que, en sí mismo, se había producido el milagro de la longevidad. Antes, los sumos sacerdotes habían hecho creer al pueblo en su inmortalidad, traspasándole los poderes secretamente, de un Sumo Sacerdote a otro, para lo cual ocultaban los cuerpos. Los miembros del Secreto actuaban con su cirugía misteriosa y el nuevo Señor de la Eternidad era investido con la fisonomía de su antecesor.

Pero en el actual Edfur-set se había producido el maravilloso sortilegio.

Y Edfur-set estaba sorprendido.

En torno suyo, iban muriendo sacerdotes, sacerdotisas, siervos y fieles. Él supervivía.

Se concluyó el templo subterráneo y se alzaron las grandes pirámides, cuya labor duró muchos años, pero Edfurs-set continuaba viviendo. En su cerebro se acumulaban ya conocimientos de siglos, ciencias incomprensibles para los demás mortales. Veía más allá de lo que podían ver los demás humanos.

Y agradeció a Cleito el favor recibido, comprendiendo cuál era su sagrado destino.

»—Debo esperar el regreso de los que se fueron en busca del planeta prometido. Y, si no volvieran, mi deber es transmitir a la humanidad, cuando llegue su mayoría de edad, toda la sabiduría que yo he ido obteniendo y acumulando durante mi existencia.

Edfur-set hizo todavía más. Contribuyó, siempre en la sombra, por medio de mensajeros y representantes, que actuaban siguiendo órdenes suyas, al cambio paulatino y constante de los pueblos. Creó reinos e imperios, favoreciendo a países que necesitaban un desarrollo político y social, como ocurrió en Egipto, Grecia, Mesopotamia, China, la India, Centroamérica, Roma, Germania, el Islam, el Imperio español y hasta el británico.

Edfur-set guió las naves griegas contra Troya. Hizo que los wikingos arribasen a Groenlandia y Terranova, guió las naves de Cristóbal Colón y las de Magallanes.

Aquél fue su mundo durante todos aquellos siglos. Estuvo con los dioses del Olimpo, con los cristianos y los musulmanes. Eran demostraciones religiosas de los pueblos, progreso. Y la obligación de los emisarios de Edfur-set consistía en estar allí donde la historia debía desarrollarse de acuerdo con los preceptos establecidos por el destino inmutable de la Humanidad.

Edfur-set conocía cuál era aquel destino. Él no podía cambiarlo. Sólo actuó para que todo fuera como había sido establecido, y no fuese de otro modo.

¿Fue cómplice de la crueldad de muchos gobernantes? Esta pregunta se la hizo el propio Edfur-set muchas veces. Y la respuesta era clara. Él no había hecho al hombre. El hombre se había hecho a sí mismo, eligió su propio destino, aunque éste le fuese desconocido. Cambiar la libre elección de los seres era un desatino. Y, sin embargo, él cambió a veces decisiones que habrían sido más desastrosas aún.

Un guardián del rebaño humano no podía permitir que todo el ganado se perdiera en una locura insensata y disparatada. Entre los males, era preciso elegir el menos grave. Y en el transcurso de batallas importantes de la Historia, el espíritu de Edfur-set orientó a algunos generales o reyes, para que la hecatombe no fuese mayor.

¡Y bien sabía el Sumo Sacerdote de Cleito que la Humanidad había estado varias veces al borde mismo del precipicio!

* * *

—¿Cuál es el secreto de tu longevidad? —preguntó Jack Alden.

Edfur-set trató de sonreír y dijo:

—Mi convicción psíquica. El cuerpo muere cuando lo desea la mente. Ésta predomina sobre la máquina humana. La fuerza de voluntad es ilimitada. Naturalmente, hay que ayudar al cuerpo de algún modo, para evitar el desgaste físico. Pero eso es fácil de averiguar cuando se han sobrepasado los primeros cien años de existencia.

—¿Volverán los que se fueron en busca del planeta prometido? —preguntó Olga, a su vez.

—Eso sólo Cleito lo sabe. Nosotros debemos esperarles. La Humanidad está ahora tomando conciencia de su propia grandeza. Vamos a emprender el salto a las estrellas. Creo que nuestros antepasados y nuestros descendientes se encontrarán alguna vez en el cosmos. Se sorprenderán todos de ver seres semejantes a ellos.

—¿No han podido modificarse sus organismos? —preguntó Olga.

—Puede que ligeramente, para mejorar. Aquí, en la Tierra, los que quedamos, también nos hemos modificado. Se ha purificado mucho la sangre, casi poseemos ya herencia universal y la cuestión racial, suscitada por antagonismos políticos y económicos, está siendo superada.

—¿Por qué la historia del hombre sobre la Tierra ha sido tan sangrienta? —quiso averiguar Jack.

—Por imperativos de la evolución. No hay bien sin mal. El sabor del triunfo es el esfuerzo que nos ha costado. Lo que llega fácil es poco importante, lo difícil nos agrada más, porque posee más mérito.

—Afuera existen muchos problemas sin soluciones aún. ¿Conoces esas respuestas?

—Por supuesto, hijo mío. Y cuando llega el momento, hago que los que la han buscado mucho tiempo la encuentren. Ése es el caso del hombre que elegí para sustituirme... ¡El profesor Woroff!

Como en la mente de Jack y Olga no existía ningún recuerdo anterior, no se sorprendieron demasiado de estas palabras. No se asociaban siquiera con ellos mismos. Estaban adquiriendo una nueva conciencia de desdoblamiento psíquico.

Sin embargo, Jack preguntó:

—¿Hay, pues, un fin en tu existencia, puesto que otro va a sustituirte?

—No se trata de eso. El profesor Woroff soy yo mismo. La mente se proyecta en todas direcciones. Yo elegí a un niño estudioso. Conocía su futuro y alenté su espíritu. Ese hombre recibió de mí enseñanza extrasensorial. Y la llamada del subconsciente le ha traído hasta mí.

»Anton Woroff no ha venido solo. Otros hombres le acompañan. Unos

han muerto ya; otros morirán. Vosotros, por razones que sólo Cleito conoce, habéis sido elegidos como "adeptos", y por eso estáis aquí, ahora, ante mí. Pero no habéis sido echados de menos en el mundo exterior, puesto que vuestros cuerpos físicos se encuentran allí, viviendo normalmente, a la espera de transformaciones.

»Vosotros no sabéis lo que ha ocurrido. Yo os lo diré, porque intuyo que habéis de volver al exterior, unir vuestras vidas en matrimonio y dedicar el resto de vuestra existencia al servicio de Cleito, el protector de las ciencias.

»En este mismo momento, un inspector de policía llamado Sedik Barguib se pregunta sobre misterios que no comprende. Un funcionario consciente de su deber, al que debemos respetar y admirar, por su celo. No comprende las investigaciones arqueológicas que los egiptólogos llevan a cabo. Sólo sabe que ha muerto un fotógrafo, y después que han asesinado a un ingeniero.

»Yo conozco al asesino. Es un hombre ambicioso y maligno, que ha estudiado junto al profesor Woroff y cree estar en el secreto que conduce al interior de este templo. Su ambición es penetrar y apoderarse de todo lo que encuentre. Se trata de un pobre hombre, llamado Basili Kazanov, que sueña estúpidamente en vivir cómodamente en Las Bahamas, rodearse de mujeres hermosas y engañosas, dilapidar el oro que encuentre aquí, beber, jugar y creerse poderoso.

»Es un hombre digno de lástima, porque en el pecado llevará la penitencia. Aquí no penetrará jamás. Pero él lo ignora. Incluso peligra tu vida, Jack Alden, porque ese hombre está celoso. Quiere a Olga Jankelvich y piensa en matarla también si no consigue su propósito.

—¡Es un hombre abominable! —exclamó Olga.

—Cierto. Ahora no tenéis recuerdo de él. Vuestro subconsciente desdoblado no tiene memoria de Wasili Kazanov. Y por esta causa, debéis volver al exterior a cumplir parte de vuestro destino humano.

»No debéis preocuparos por nada. Ocurra lo que ocurra, aunque os sorprendan y vuestro cuerpo muera, vosotros volveréis aquí y viviréis en el favor de Cleito, puesto que para ello habéis sido elegidos. La existencia espiritual de los "adeptos" es muy larga. La vida mortal es breve.

»Volveréis a verme y compartiremos siglos de camaradería y amistad. Pero vuestra vida física es joven y debéis apurarla. Os acompañarán al exterior, saldréis y no podréis recordar cuanto hemos hablado aquí. Sin embargo, a partir de estos momentos, en vuestro subconsciente existirá un nuevo espíritu eterno. Mis mensajes os serán transmitidos a distancia, mediante sueños. En vuestro criterio está aceptarlos o rechazarlos... ¡Pero mis órdenes imperiosas debéis obedecerlas, porque si no lo hacéis vuestros espíritus se rebelarán!

»¿Habéis comprendido? ¿Tenéis aún alguna duda?

—No, Edfur-set —dijo Jack, sonriendo satisfecho—. Sé que esta

elección es un alto privilegio.

—Sí, es cierto. Y María Antonieta fue decapitada por un privilegio semejante. ¿La habéis visto, sentada en la antesala, antes de entrar aquí? Su pueblo necesitaba cambiar, ¡y cambió!

Capítulo VI

LAS MAQUINACIONES DE LA MENTE

La última sonrisa de Mania, la sacerdotisa, bailaba aún en el recuerdo de Jack Alden, como un mensaje alentador y eterno. La hermosa muchacha se había postrado a los pies de Jack, tomándole la mano y besándosela. Sus últimas palabras cariñosas habían sido: «¡Hasta pronto, hermano!»

Luego vino la marcha a través de los corredores sombríos, cuyas puertas estaban abiertas. El guía no despegó los labios hasta el final. Allí, dándoles paso al exterior, les dijo:

—Adiós, que la sabiduría de Cleito sea con vosotros.

Salieron a la oscura galería tercera, todavía inmersos en aquel sublime estado de desdoblamiento psíquico. Pero esto empezó a desaparecer en cuanto se cerró la enorme losa de piedra, quedando perfectamente ajustada al muro.

Jack Alden, instintivamente, empuñó la linterna. Miró a la milenaria pared y dijo en ruso:

—Debe de ser aquí, Olga. Dame la lámpara de rayos «gamma».

Olga tomó el cesto de las herramientas que había dejado en el suelo. Miró la cinta métrica. Estaban ante la señal de los setenta y dos metros.

—Estaba pensando en las piedras y los tablones, Jack. ¿Cómo pudieron elevarse de aquel modo?

—No lo sé. La levitación, si es que existe, debe ejercerla algo o alguien. A menos que se produjera una violenta y sorda explosión en el interior de alguno de estos pasadizos y el aire, presionando con violencia, lo lanzara todo a cierta altura.

—Yo no escuché ninguna explosión.

—Ahora vamos a lo importante. Si el profesor tiene razón, los rayos «gamma» deben indicar que detrás de este muro hay una entrada.

Jack no llegó a utilizar la lámpara. De pronto, se oyeron pasos precipitados hacia la entrada de la galería. Brilló una potente luz y la voz del inspector Barguib llegó hasta ellos.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

Sedik Barguib no venía solo. Le acompañaban cuatro agentes. Detrás de todos, venía Wasili Kazanov.

Olga se volvió y suspiró.

—Me lo temía, Jack.

Barguib se acercó a la carrera y se detuvo jadeante. Su voz, empero, sonó autoritaria:

—¡Están ustedes arrestados! La entrada a las galerías estaba cerrada y nadie debía violarla. No sé qué truco han empleado para engañar a mis hombres, pero no les permitiré realizar aquí ningún trabajo. Vámonos.

Jack suspiró y repuso:

—Está bien, inspector. Usted manda. Sin embargo, habrá de enfrentarse con una reclamación seria de la dirección de la *American School of Oriental Research*, que llegará por vía diplomática.

—¡Peor para ustedes! —replicó Barguib secamente—. Yo quería mantener este asunto dentro del secreto de sumario. Sepan que dos asesinatos justifican mis actos. Esta excavación quedará clausurada por orden del Ministerio de Cultura hasta que no se averigüe cómo se han producido esas muertes.

Wasili Kazanov, con rostro compungido, se acercó a Jack.

—Lo siento, yanqui —dijo—. Yo también quise hacerlo, pero no me atreví. Mucho me temo que te envíen a los Estados Unidos.

—¡Eso ya lo veremos! —contestó Jack, en tono desabrido.

Salieron de la galería. En la antecámara había más agentes. El capataz Ibmuhd y varios de sus asustados hombres se encontraban también allí. Se había conectado la luz eléctrica interior para tratar de averiguar cómo se alzaron los tablones y las piedras. Esto era inquietante para la policía, la cual, representada por el inspector Barguib, no quería admitir acción de poderes sobrenaturales.

Al salir de la galería, Barguib señaló los dispersos tablones y preguntó a Jack:

—¿Cómo lo hizo?

—No lo hicimos nosotros, inspector. Se lo aseguro. Estábamos ocultos ahí cuando ocurrió el misterio. Aprovechamos la huida de los agentes para entrar.

—¿Quiere hacerme creer eso?

—Créalo o no, es la verdad.

—¿Y no huyeron ustedes también?

—Como arqueólogos —replicó Olga, con su mejor sonrisa—, nosotros no tenemos miedo a nada.

—Está bien. Permanecerán encerrados en sus alojamientos. Tendrán vigilancia en la puerta y no podrán salir hasta nueva orden. Mañana, de día, los peritos investigarán lo que ha ocurrido aquí. La guardia estará redoblada.

En aquel instante, Wasili Kazanov se acercó al inspector Barguib y le espetó:

—¿Permite una sugerencia, inspector?

—Sí. ¿De qué se trata?

—Venga. Se la confiaré en privado.

Jack y Olga se alejaron hacia el campamento, mientras el ayudante de Woroff y el inspector se quedaban rezagados, aparte, medio en las sombras, junto a uno de los muros del templo de Micerino.

—Cada día me repugna más tu compatriota, Olga —dijo Jack—. Tengo la sensación de ver en Wasili a un reptil. ¿Qué le estará diciendo al inspector?

—No lo sé. A mí tampoco me gusta, Jack.

Se separaron al llegar al campamento. Jack estrechó la mano de Olga y se introdujo en su «roulotte». Ella se dirigió hacia la tienda de plástico azul, en cuya entrada se encontró al profesor Woroff.

—Fracasamos, profesor —contestó ella, con desaliento.

—Me lo temía. Y ahora, la situación ha empeorado. La policía no nos dejará hacer nada.

—Eso me temo... Tenga sus herramientas, profesor. Ahí tiene también su pistola. No hemos podido matar ningún espíritu del pasado.

El profesor Woroff dio media vuelta y se dirigió hacia su gabinete de trabajo. Olga le siguió. Una vez allí, se sirvieron café y se sentaron.

—Wasili parece tener alguna idea. Se ha quedado con el inspector.

—Sí, lo sé. Se le ha ocurrido la peregrina idea de descubrir al asesino. Dice que así la policía se irá y nos dejará en paz.

—¿Tiene alguna sospecha de quién pueda ser?

—Sí —dijo Woroff, pensativamente.

—¿Puedo saber sobre quién recaen las sospechas?

—Según Wasili, todo acusa al doctor El-Anwir.

—¡Oh, no! —exclamó Olga.

—A Wasili le habría gustado más encontrar pruebas contra Jack Alden. Por una razón que se me escapa, no siente simpatía hacia él. Sin embargo, cree que ha sido Chaid-el-Anwir, que se propone deshacerse de todos nosotros para realizar él la excavación.

»Detrás de todos estos trabajos siempre hay un egoísmo innato. Yo busco historia, ciencia, saber; otros buscan oro y piedras preciosas depositadas en las tumbas de los faraones. No siempre han sido los profanadores de tumbas los que se han llevado los tesoros arqueológicos.

—Todo cuanto encontremos aquí ha de ser catalogado por el Ministerio de Cultura —observó Olga.

—Sí, en efecto. Pero si se ocultan los hallazgos, ¿quién los va a catalogar? En realidad, yo no creo que Chaid-el-Anwir sea un asesino. Pero debemos confiar en que Wasili realice su plan, de acuerdo con la policía.

—¿Cuál es ese plan? —preguntó Olga.

—Te lo diré, si me permites guardar el secreto. Mañana, Wasili realizará un descubrimiento falso. Dirá haber hallado una entrada entre las piedras que cubren el piso norte del templo. Hay, efectivamente, una galería ciega. Y allí se apostarán varios agentes, ocultos detrás de falsos muros.

»Wasili cree que intentarán matarle a él también. Llevará un chaleco antibalas. El asesino será apresado cuando intente atacar, creyendo a Wasili indefenso.

—¿Y supone usted que ese cebo atraerá a Chaid-el-Anwir? —preguntó Olga, dubitativa.

—No lo sé. Pero es preciso hacer algo cuanto antes, de lo contrario

corremos el riesgo de que el Ministerio de Cultura anule el permiso y tengamos que suspender los trabajos.

* * *

—No cabe duda de que los asesinos son dos, inspector —habló Wasili Kazanov—. Esto es una conjura llevada a cabo entre el doctor El-Anwir y Jack Alden.

Wasili y Sedik Barguib se encontraban en las sombras, junto al muro de piedras del templo en ruinas. El policía estaba interesado en el relato de su confidente.

—¿Cuál es el móvil?

—Obstaculizar los trabajos, simplemente. La intervención de ustedes, motivada por las muertes, puede obligar al gobierno egipcio a suspender las excavaciones.

—No era ésa mi intención. Pero, en vista de lo ocurrido, esta noche...

—Escuche, inspector. Las mediciones de mi jefe son importantes. Estamos a punto de realizar un gran descubrimiento. Y esos hombres lo saben. Si se paralizan los trabajos, ellos se las compondrán de algún modo para continuar. Se supone que hallaremos una fabulosa fortuna.

—Si se clausura esta excavación, nadie podrá continuar los trabajos —afirmó Barguib.

—Eso lo dice usted ahora. Pero pueden haber pensado continuarla subrepticia, furtiva e ilegalmente —insistió Wasili, con vehemencia—. Para mí, la maquinación de esos hombres está clara. Las dos víctimas han sido elegidas al azar. Ambas muertes parecen haber sido cometidas por el mismo asesino. Eso está hecho para desorientarle a usted.

»Reflexione, inspector. El doctor El-Enwir no pudo matar a Boris Ivanovich, porque éste fue muerto dentro de la galería. A la entrada se hallaban el capataz Ibmuhd y Konstantin Krasensko. Pero dentro de la galería tercera se hallaban Olga y Jack Alden. ¿Comprende usted? El americano pudo perfectamente hacer algo para que se apagase la luz, atacar a Olga, marcarle la frente con un sello que debió ocultar, matar a Boris Ivanovich y fingir que él también había sido atacado.

»Ya sé lo que va a decirme. Se han registrado sus pertenencias y no se ha encontrado dicho sello. Pero tampoco se ha hallado el arma homicida.

—Es cierto. Eso podría haber sucedido así, en caso de poder explicar cómo se apagó la luz.

—¡Debió de hacerlo el cómplice de Jack Alden, desde el exterior! Ivanovich debió de dirigirse hacia la antecámara, donde sabía que había cascos con lámparas, y por esto le mató. En cuanto a la declaración de Olga Jankelvich, le diré que pudo ser Alden quien apagó el casco de ella, al mismo tiempo que el suyo. En esas galerías se contagia uno de cierta inquietud, como si el misterio del ambiente ejerciera impresión en la mente.

»Eso fue lo que ocurrió, inspector —prosiguió Wasili, cada vez más

persuasivo—. Alden no vaciló en marcarse a sí mismo la frente para explicar las cosas a su modo. Él dice no haber visto jamás la cruz de Cleito, pero miente. Es un arqueólogo norteamericano y no dudamos que haya estudiado a fondo la egiptología. Fingir ignorancia no es más que un subterfugio.

»En cuanto a la muerte del ingeniero Andrei Ostwozc, la cosa no ofrece dudas. El doctor El-Enwir aprovechó la ocasión, sabiendo que usted se encontraba en El Cairo con Alden, para matar a su víctima, utilizando la misma arma que antes había empleado y ocultado su cómplice.

»¿Lo ve usted claro así? Hay móvil, complicidad y encubrimiento. Uno se protege al otro. Están de acuerdo. Pretenden que las autoridades nos nieguen el permiso para seguir excavando y nos tengamos que volver a Moscú. Luego, ellos continuarán lo que nosotros hemos iniciado.

»Tenga usted en cuenta que, en arqueología, lo más difícil de un descubrimiento es hallar el primer agujero, alzar la primera piedra. Luego, lo demás se resuelve solo.

—Sí, pero usted no me presenta ninguna prueba. Todo son conjeturas. Si existe esa complicidad, también puede haber sido realizada por otras personas. Aquí hay más gente.

»Y no me ha explicado usted el fenómeno de levitación que han presenciado mis hombres.

—¿Y ha creído usted lo que le han dicho?

—Conozco a Mohamed Fahsir hace muchos años.

—No lo dudo. Pero creo que estar de vigilancia entre estas ruinas causa impresión. Y más durante la noche. Yo no creo que los tablones y las piedras se hayan levantado por sí solos. Puede ser un truco. Incluso pudo haber alguien dentro de las galerías que trató de salir.

—¿Alguien? —preguntó Barguib—. ¿Quién?

—Yo qué sé. Alguno de los trabajadores de Ibmuhd, quizás. Existen tres galerías ahí abajo. Antes de ordenar usted que fuese cerrada la entrada, alguno de esos hombres pudo estar tratando de hallar algo. Luego, al ver que no podía salir, aguardó a la noche.

»Jack Alden y Olga Jankelvich mantienen estrecha relación. Desde luego, se proponían ayudar al profesor Woroff, violando la clausura. Ellos dirán que no vieron a nadie. Pero la verdad es que Jack Alden llevaba un arma de fuego y estaba dispuesto a intimidar a los agentes, para penetrar en la galería.

Wasili hizo una pausa. A la débil luz que llegaba hasta ellos, procedente del lugar donde estaban los agentes, colocando de nuevo los tablones y las piedras, para obstruir la entrada a la galería subterránea, el ruso pudo ver la vacilación y la duda en el semblante del policía egipcio.

—Yo creo que debe usted arrestar a esos hombres y someterlos a un estrecho interrogatorio. Cuando se vean acusados directamente, alguno perderá la serenidad y se delatará.

—Lo siento, señor Kazanov. Pero no puedo detenerlos sin pruebas. Inmediatamente intervendría la Embajada norteamericana y sería puesto en libertad. Nuestras leyes son severas, pero hemos de andar con cuidado con los súbditos extranjeros.

—¡Arreste, entonces, al doctor El-Anwir! —exclamó Vasili—. Estoy seguro de que Jack Alden desaparecerá de aquí en el acto.

Barguib sacudió negativamente la cabeza.

—Lo siento, señor Kazanov. Pero no puedo hacer lo que usted me dice. Estamos investigando en todos los terrenos. Hemos pedido informes de todos ustedes a sus respectivos países. Nuestros departamentos técnicos, aunque usted no lo crea, trabajan sobre los datos que tenemos.

»Esto tardará más o menos, pero el verdadero culpable, o los culpables, si son más de uno, acabarán por caer en nuestras manos. De eso no tenga usted la menor duda. Y, mientras estemos nosotros aquí, nadie realizará excavaciones clandestinas.

»Ahora, gracias por su colaboración. No crea que hemos pasado por alto las posibilidades apuntadas por usted. Mañana hablaremos otra vez. Ahora, es mejor que se vaya a descansar. Ha sido un día excesivamente agitado para todos. Buenas noches, señor Kazanov.

—Sí, comprendo... Buenas noches, inspector... ¡Ah, confío en su discreción! No me gustaría que esos hombres supieran lo que le he confiado. Yo podría ser la tercera víctima.

—Quede tranquilo, señor Kazanov. Y procure cerrar bien la puerta de su alojamiento, por si acaso. No me sorprendería que, a pesar de nuestra vigilancia, hubiera más muertes.

Kazanov se alejó hacia la tienda azul de los arqueólogos rusos, mientras que el inspector Barguib, después de examinar los trabajos de clausura de la galería, se encaminó hacia donde estaba la «roulotte» de Jack Alden.

Había luz en el interior de la vivienda rodante del americano. Un agente de uniforme se paseaba ante la entrada. Al ver llegar a su jefe, el hombre saludó.

—¿Todo bien, Hamed?

—Sí, inspector. El joven americano está dentro, tomando unos emparedados. Me ha invitado, pero yo he rehusado.

Barguib sonrió. Subió los tres peldaños y llamó a la puerta. Ésta se abrió casi en el acto, apareciendo Jack, con un bocadillo de jamón y verdura en la mano. Detrás él, sobre la pequeña mesita, adosada al muro, había un plato con queso, fruta, cerveza y pan.

—Hola, inspector. Le esperaba. ¿Quiere comer algo?

—Gracias, señor Alden. Es usted muy amable. ¿Qué tiene aquí?

Barguib entró, se sentó junto a la mesa y dejó su gorra sobre una caja de libros.

—Carne, huevos, pollo... —Jack había abierto la pequeña nevera y estaba examinando su interior.

—Prefiero un emparedado de pollo. ¿Tiene leche?

—Sí. ¿Caliente o fría?

—La prefiero fría... Esto es pequeño, pero cómodo —Barguib giró la mirada en tomo suyo—. No falta un detalle... Cocina, frigorífico, televisor, litera doble... Gracias, es suficiente. Confieso, sin rubor, que no he probado bocado desde esta mañana, cuando salí de mi oficina. Iba a cenar cuando me avisaron de la muerte del ingeniero Ostwozc... Un desagradable asunto. ¿Cuál era la misión aquí de Andrei Ostwozc?

—Muy importante. Realiza los cálculos más complicados que se hayan hecho jamás acerca de estas construcciones. Hay varias teorías respecto a las pirámides. Y Ostwozc ha hecho mediciones muy significativas. Ha traído consigo un cerebro electrónico en miniatura que es el último grito de la ingeniería electrónica soviética. Otswozc pensaba escribir un libro sobré este tema de las matemáticas.

Barguib estaba mirando la cruz de Cleito que ahora llevaba Jack al descubierto.

—¿Por qué se ha quitado el vendaje?

—He estado examinándome la señal en el espejo. Creo que se ha secado la herida muy rápidamente.

—He pensado —habló Barguib, mientras masticaba despacio— que esa huella ha podido hacérsela usted mismo con un hierro adecuado.

—Muy bien pensado, inspector —dijo Jack, sonriendo—. Mientras estábamos Olga y yo en la galería, nos señalamos mutuamente con el mismo sello. Después, como Boris Ivanovich nos sorprendió haciendo esto, le matamos y escondimos el puñal en algún rincón.

—¿Y por qué no?

—No tiene sentido. Ivanovich era un buen hombre. Y me caía simpático. Por ahí tengo unas fotografías que me hizo para enviar a mi familia. ¿Por qué iba a matar yo a un hombre simpático? Además, no tengo ese vicio. Me gusta la vida y supongo que a los demás les ocurrirá lo mismo.

—Puede haber otro motivo. Ivanovich estaba haciendo fotografías de los jeroglíficos del muro.

—Sí. Con él estaban el capataz Ibmuhd y su ayudante Krasensko. Pero no olvide usted que cuando mataron al ingeniero Ostwozc yo no me encontraba aquí.

—¿Cuánto puede valer el tesoro que andan buscando? —preguntó Barguib, tomando el vaso de leche.

—Se lo diré cuando lo hayamos encontrado.

—¿Puede justificar su valor esas muertes? —insistió el policía.

—¡No! —replicó Jack en tono tajante—. No existe nada material que justifique una vida.

—Le puedo citar mil casos de muerte por unos *rais*.

—Eso no ocurre entre arqueólogos, inspector. Usted se refiere a gentes

de mal vivir, de los barrios bajos. Yo no mataría a nadie ni por el tesoro de Tutankamon.

—Pues alguien no piensa como usted.

—Averiguar de quién se trata es asunto suyo, inspector —replicó Jack, seriamente.

Capítulo VII

BESTIA DE CODICIA

El descubrimiento de un agujero que comunicaba con las galerías recientemente desenterradas, echo que efectuaron algunos técnicos de la policía de El Cario, a los pocos días de iniciadas las investigaciones, dio un cariz diferente al caso.

El hallazgo no fue casual. Se debió a un rastreo metódico de los agentes, desde el interior de la galería primera, donde encontraron vestigios de tierra procedentes del exterior. Comprobado esto, tantearon el muro y, con sorpresa, los agentes vieron que una losa rectangular cedía fácilmente. Detrás había una escalinata sombría. En uno de los escalones se encontró un puñal de ancha hoja, manchado de sangre seca, que se identificó como posible arma del crimen.

Luego se encontró la salida del agujero, que se hallaba, dentro mismo de las ruinas del antiguo templo funerario de Micerino. Era evidente, pues, que Boris Ivanovich y Andrei Ostwozc encontraron la muerte a manos de alguien que conocía aquella entrada secreta.

Estos hallazgos indujeron al inspector Barguib a dirigirse al profesor Woroff, jefe de las investigaciones arqueológicas, al que llevó al lugar donde se encontraba aquella entrada.

—¿Conocían ustedes la existencia de esta entrada a las galerías, profesor Woroff?

El sabio ruso negó rotundamente.

—Ni lo sospechaba siquiera. Yo encontré la otra entrada gracias a la interpretación de unos jeroglíficos hallados en una excavación, en Abu Garab.

—Este pasadizo conduce directamente a las galerías desenterradas por usted. Y le diré más. Parece.

—¡Cielos, no! —exclamó Woroff, palideciendo.

—Lo siento, profesor. El que conoce esta entrada ha podido salir y entrar con frecuencia. Y me temo que, si había tesoros ocultos, hayan desaparecido ya.

Anton Woroff estuvo a punto de sufrir un colapso. Uno de sus más caros sueños se desvanecía ante aquella revelación.

—Venga usted conmigo —invitó Sedik Barguib—. Por aquí se puede entrar en las galerías. Y por aquí debió de entrar el hombre que mató al fotógrafo Ivanovich y al ingeniero Ostwozc.

Efectivamente, Anton Woroff, siguiendo al inspector, descendió hasta el interior de la galería primera. Allí había dos agentes armados, provistos de linternas.

—¿Qué me dice usted ahora, profesor? —preguntó Barguib.

—No sé qué decirle.

—Alguien de esta expedición conocía este acceso. Y necesito saber quién es.

Woroff sacudió la cabeza.

—Yo ignoraba esto... Me encuentro desconcertado, inspector. Sin embargo, creo saber dónde continúan los pasadizos secretos. Si usted me permitiera efectuar unas comprobaciones... Escuche, inspector. Todos estamos convencidos de que existe una ambición desmedida tras esas muertes. Presiento que estamos cerca de grandes descubrimientos. No haga usted caso a los bienintencionados proyectos de mi ayudante Kazanov. Yo sé que él quiere ayudarnos a todos.

»La verdad se encuentra en la galería tercera, a los setenta y dos metros de la entrada. Es allí dónde debe estar el más fabuloso tesoro de todos los tiempos.

»Déjeme perforar allí. El tesoro de la Atlántida no han podido llevárselo, a pesar de esta entrada. Yo sé que todavía está donde fue depositado.

—¿Qué le hace suponer tal cosa, profesor? —preguntó Barguib.

—Múltiples razones. Una de ellas, la más importante, es que la Humanidad lo sabría. Lo que aquí se depositó, aparte del oro y las piedras preciosas, fue un legado científico de una civilización ya desaparecida. Por numerosos vestigios, suponemos que los habitantes de la Atlántida poseían vastos conocimientos técnicos que se han perdido por alguna razón u otra para la Humanidad.

Sedik Barguib estaba pensando intensamente.

—Escuche, profesor. Voy a permitirle realizar su sueño. Pero, pase lo que pase, usted tendrá que colaborar conmigo.

—Yo estoy dispuesto a colaborar en lo que sea preciso.

—Le diré lo que vamos a hacer. Realizará ese trabajo con nuestra ayuda y no intervendrá ninguno de sus colaboradores. ¿De acuerdo?

—Enteramente de acuerdo, inspector. ¿Podemos realizar hoy mismo el sondeo?

—Sí. Vaya a buscar lo que necesita. Entraremos por la otra parte. Nadie debe saber que hemos descubierto esta entrada. ¿De acuerdo?

Anton Woroff regresó a su tienda alborozado. Kazanov y Olga estaban allí, trabajando en sus mesas, y se pusieron en pie al verlo llegar.

—¿Qué ocurre, profesor? —preguntó Olga.

—¡Al fin! La policía me deja entrar en la galería tercera.

—¡Vaya, es una buena noticia! ¿Qué le ha hecho cambiar de idea al inspector Barguib? —preguntó Kazanov.

—Cree que si encontramos lo que hemos venido a buscar, el asesino de las pirámides se delatará.

—Pues no sé qué decirle. El asesino debe de estar cohibido con tantos policías como hay por todas partes.

—Necesito la lámpara de rayos «gamma», Olga... Una cinta métrica. El

inspector Barguib me espera.

—Podremos acompañarle, ¿no? —preguntó Olga.

—No. El inspector sólo me autoriza a ir a mí. Me ayudarán sus agentes.

—¡Pero este trabajo es para técnicos especializados! —protestó Kazanov—. Esos hombres pueden estropear algo de inestimable valor.

—Yo cuidaré de que no sea así.

Poco después, más alegre que un niño con un juguete nuevo, el profesor se dirigía, acompañado por el inspector Barguib y varios agentes de la policía, hacia la entrada de la galería subterránea. Todo el mundo le deseó suerte, incluyendo a Jack Alden, que se enteró por el doctor El-Anwir, a quien le informó Barguib.

Sin perder tiempo, el profesor Woroff y Sedik Barguib penetraron en la galería principal. La luz eléctrica había sido encendida de nuevo. Les seguían cuatro agentes, uno de los cuales llevaba las herramientas del profesor.

En la antecámara, Anton Woroff pidió a un agente que se quedase allí, sosteniendo la cinta métrica. Luego, provistos ya de cascos, se adentraron por la galería, sosteniendo el egiptólogo la cinta métrica, la cual iba quedando tendida tras ellos, a medida que avanzaban.

Woroff iba en cabeza, seguido inmediatamente de Barguib, cuya lámpara de gran potencia enfocaba hacia el fondo de la galería.

—Espero que el asesino se descubra, profesor —dijo Barguib—. Todos saben que estamos investigando aquí. Ignoro si encontraremos algo o no, pero al salir hemos de contar algo.

»El asesino tratará de averiguar si es cierto y utilizará el camino secreto. Si lo hace, mis hombres le atraparán. Desde la pirámide se está vigilando esa entrada. Hay agentes en la escalera y en la galería primera.

—Comprendo, inspector. Pero...

¡En aquel instante todas las luces se apagaron!

* * *

Olga paseaba con Jack en dirección a la pirámide de Micerino. El sol lucía con fuerza y hacía calor.

—¿Crees que el «Mago» conseguirá su propósito? —preguntó Jack.

—No lo sé —replicó Olga, como distraída. Luego, se volvió a mirar a su acompañante y añadió—: Anoche tuve un sueño muy extraño, Jack.

—¿Un sueño? —se extrañó él—. ¿Tú das importancia a los sueños?

—Normalmente, no —contestó ella, deteniéndose—. Pero a éste debo dárselo. Porque más que un sueño parece una premonición.

Jack sonrió.

—¡Cuando te pones seria estás adorable, Olga! ¿Sabes que empiezo a enamorarme de ti?

—Te hablo en serio, Jack. Mi sueño me advirtió un peligro de muerte.

—¿Estás en peligro, Olga?

—No, yo no... ¡Tú!

—¿Yo?

—Sí. Un grave peligro del que debes guardarte.

Él se echó a reír.

—Si te lo cuento, no te lo vas a creer, Olga. Pero yo también tuve un sueño parecido.

—¿Estábamos asomados ante un precipicio?

—Exacto. Y alguien se deslizó por detrás y trataba de empujarme —dijo Jack—. Pero no era un precipicio, sino la galería interior de esa hermosa pirámide que tenemos delante. Y el hombre que trató de empujarme era Wasili.

Olga bajó la cabeza y murmuró:

—Sí. Está celoso de ti.

—¿Por qué?

—Supone que entre tú y yo hay algo más que amistad.

—Pues que se fastidie y rabie. De todas formas, no pienso penetrar en el interior de la pirámide, y mucho menos acercarme al túnel de chimenea. Yo no comprendo el sentido de ese sueño doble. Creo que vivimos bajo una gran tensión psíquica y ahí puede encontrarse el misterio. De todas formas, no tengo miedo a Wasili.

—Yo tampoco —confesó ella, reanudando el paseo—. Pero sí temo al significado del sueño... No sé cómo, pero, de pronto, nos encontramos en ese túnel ascendente.

—Volvamos al campamento, Olga. Parece que nuestros pasos nos llevan hacia donde no queremos ir.

Jack tomó a Olga del brazo y dieron media vuelta. Cuando llegaban a las inmediaciones del campamento observaron a varios agentes que corrían en dirección hacia las ruinas del templo.

—¡Algo ha ocurrido! —exclamó Jack—. ¡Vamos a ver!

Corrieron también, llegando a tiempo de ver a otros policías, muy nerviosos, que gesticulaban excitadamente. Los arqueólogos y algunos trabajadores indígenas ociosos también habían acudido. Pero los agentes de la policía hablaban en árabe y Jack no pudo comprenderlos bien.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al doctor Chaid-el-Enwir, que se encontraba allí.

—¡La luz se ha apagado otra vez! ¡El profesor Woroff y el inspector Barguib se han quedado dentro! ¡Estos hombres han huido!

—¡Vamos allá! —propuso Jack, resuelto.

Vio que Wasili Kazanov también estaba en el grupo, pero apenas si se fijó en él. Fueron unos diez o doce hombres, entre miembros del grupo arqueológico y policía, los que corrieron hacia la entrada de la galería.

—¡La luz se apaga en el interior de la galería tercera! —gritó Jack—. Hemos de llevar antorchas.

Pero la luz estaba encendida en el túnel de entrada, por el que corrían

los hombres. Y cuando todos llegaron a la antecámara, se detuvieron sorprendidos, al ver llegar al inspector Barguib y al profesor Woroff, saliendo de la galería tercera.

¡Sobre la frente de Anton Woroff aparecía marcada, en caracteres sangrientos, la cruz de Cleito!

Los semblantes de ambos hombres estaban blancos. Parecían inexpresivos, como si acabaran de volver de la muerte o hubiesen visto algo extraordinario.

Jack Alden, adelantándose, preguntó:

—¿Qué les ha ocurrido? ¿Sabe lo que lleva en la frente, profesor?

Instintivamente, Anton Woroff se tocó la huella sangrienta. Después alargó la mano y señaló al grupo de hombres que tenía delante. Su voz sonó de un modo sepulcral, al decir:

—¡Tú eres un pobre espíritu maligno, Wasili Kazanov! ¡Edfur-set ha hablado!

Uno de los agentes de policía tenía abierta la funda de su pistola. El hombre debió de pensar que podía necesitar el arma y desabrochó la funda, sin llegar a extraería.

Y fue Wasili, desesperadamente, quien se abalanzó sobre él, empujándole furiosamente y arrebatándole el arma. Acto seguido, antes de que nadie pudiera reaccionar de su asombro, un disparo apagaba la luz de la antecámara.

Y en la confusión, Wasili echó a correr por el interior de la galería primera, desde donde volvió a efectuar otro disparo. Ignoraba que ante él, ocultos en la oscuridad, había dos agentes más. Pero uno de éstos se delató antes de tiempo, dando al huido la voz de alto.

Wasili se detuvo y se adosó al muro, jadeando. Se sintió atrapado. No comprendía lo que había ocurrido, ni qué quiso decir el profesor al acusarle. Pero Wasili sabía mejor que nadie que la acusación era cierta. Él había matado a Boris Ivanovich y al ingeniero Ostwozc. Creía que nadie lo descubriría. Y no había sido así.

Ante él se encendió una linterna. Wasili disparó. Uno de los policías que le cerraban el paso lanzó un grito y cayó muerto. Su compañero, denunciado por la luz de la linterna, al caer y girar sobre el piso, empezó a disparar también a ciegas.

Las balas pasaron rozando a Wasili, que estaba adosado al muro. El agente tiraba a ciegas. Estaba demasiado impresionado por el ambiente y por los disparos.

Comprendiendo que no tenía más opción que seguir disparando, si quería alcanzar la salida secreta, el ayudante de Woroff hizo dos nuevos disparos. Y el segundo agente, herido de gravedad en el vientre, se desplomó de rodillas, dejando caer su automática.

Entonces, oyendo gritos desaforados a su espalda, Wasili se lanzó de nuevo hacia delante, tomó la linterna y la apagó. Recogió también el arma

que dejó caer el segundo agente. Luego, corrió hasta llegar a donde estaba la losa movible del pasadizo secreto.

Cuando la empujó unos centímetros y vio la luz en la escalera y las piernas de los agentes que estaban allí, volvió a cerrar a toda prisa y continuó corriendo hacia el fondo del pasadizo.

Él conocía otra salida. La había descubierto semanas atrás, antes de que en su mente surgiera la demoníaca idea de hacer fracasar la expedición, desertar y dedicarse subrepticiamente a la búsqueda de lo que consideraba el tesoro más fabuloso de toda la historia de la arqueología.

Al llegar casi al fondo del pasadizo, Wasili realizó unas mediciones, extendiendo los brazos, retrocedió unos diez metros, y luego apoyó la espalda contra el muro. Otra losa, semejante a la descubierta por la policía, se movió, girando sobre sí misma y dejando un hueco por el que se introdujo Wasili.

Una vez dentro del nuevo pasadizo, que era horizontal, volvió a cerrar la losa. Entonces, encendió la linterna y suspiró. Aquel túnel no lo conocía la policía. Él era el primer ser humano que entraba allí desde hacía muchos siglos.

Lo había explorado a medias, aunque sabía que una de las galerías iba a salir al interior de una cámara funeraria en el interior de la pequeña pirámide. Pero ya que estaba allí otra vez, Wasili se dijo que podía explorar más detenidamente el lugar. En aquellos instantes no le interesaba salir de su refugio. Si lo hacía, sería arrestado por la policía. Y dudaba mucho que alguien pudiera encontrar su refugio. Habría de emplear muchas horas hasta dar con aquella entrada secreta. Posiblemente, el profesor Woroff emplearía su lámpara de rayos «gamma», como había hecho el propio Wasili. Pero, aun así, el tiempo actuaba en su favor.

Al llegar la noche, saldría de la pirámide de Micerino y escaparía. No le sería difícil obtener un coche, yendo armado como estaba, y trasladarse a El Cairo. Desde allí, en alguna embarcación, saldría del país.

—No me han atrapado —masculló Wasili, mientras caminaba por aquella galería, con la linterna en la mano izquierda y una de las armas en la derecha—. Nadie conoce esta galería... ¿Por qué me acusó el «Mago», condenado sea?

* * *

Anton Woroff fue conducido a su tienda, donde el doctor El-Anwir procedió a desinfectarle la marca de la frente, y luego a vendarle. Con él habían ido todos los miembros de la expedición, excepto Jack Alden, que se quedó con la policía, tratando de capturar a Wasili.

—¿Qué le sucedió, profesor? —preguntó Olga, presa de gran excitación.

—¡Lo más maravilloso que puede sucederle a nadie! —exclamó el hombre de ciencia, impensadamente—. Tengo la seguridad de haber

atravesado la barrera del tiempo... ¡He estado en el pasado, en un mundo increíble!

—¿Dentro de la galería tercera?

—Sí, sí... Allí dentro... Todavía lo estoy viendo. El inspector Barguib venía conmigo.

Chaid-el-Anwir se inclinó al oído de Olga y le dijo:

—Creo que delira... Tiene fiebre muy alta. Deberíamos llevarle al hospital. Ha debido de sufrir una fuerte impresión.

Anton Woroff, sin mirar a nadie, como iluminado, continuó diciendo:

—Los guardianes del Templo de Cleito me han recibido con gran simpatía, conduciéndome a presencia de Edfur-set, que estaba en un gran trono de ónix, en una sala de columnas de oro macizo... ¡Y me ha contado la historia de la desaparición de la Atlántida, y de los navegantes del espacio que salieron en busca del planeta prometido!

Anton Woroff temblaba ya, agitado en espasmos. Chaid-el-Anwir le tomó el pulso, sin que él se diera cuenta.

—Edfur-set inculcó en mí su espíritu eterno. Me hizo estudiar las huellas perdidas, para luego conducirme hasta aquí. Así tenía que cumplirse mi destino.

—Lo siento. Hemos de llevarle al hospital cuanto antes... ¡Su corazón apenas late! ¡Creo que la presión arterial ha descendido considerablemente!

—¡No, dejadme aquí, amigos míos... Tengo que deciros lo que me ha dicho Edfur-set... No debéis importunarle... Él saldrá pronto de su milenario refugio... Su poder es ilimitado... Las naves del espacio están llegando ya a la cuna de nuestra civilización... En Marte existen templos, que ahora cubren las arenas, donde encontraremos la historia más grande de la creación...

La voz de Anton Woroff se apagaba por momentos. Pero aún dijo:

—Tus sueños son avisos, hija mía... No lo olvides.

Olga vio los ojos febriles del egiptólogo fijos en ella. Y se estremeció involuntariamente.

—La verdad está en tu cerebro... Es subconscien... Él te lo di... ¡Yo lo sé!

Anton Woroff no habló más. Se le dobló la cabeza, desplomándose sobre el pecho del doctor El-Anwir.

La consternación se había apoderado ya de todos los reunidos. La muerte terminó por sellar los labios del hombre que dedicó su vida a la investigación arqueológica.

Y, de un modo vago e inconcreto, Olga presintió que el mayor sueño de aquel hombre admirable se había cumplido al fin. Al salir del gabinete, cabizbaja y preocupada, Olga estaba segura de que Anton Woroff había realizado un sensacional descubrimiento y que todo lo que había dicho era cierto.

«Tus sueños son avisos, hija mía», había pronunciado Woroff, en cuya

frente existía una señal como la que ella misma llevaba.

Después, Chaid-el-Anwir habría de ver, atónito, como la cruz de Cleito se borraba de la frente del muerto, desapareciendo sin dejar la menor huella.

Pero Olga estaba preocupada por Jack Alden. Sabía que se había quedado en el interior de la galería, junto con los agentes de Barguib. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

E inquieta y preocupada, se dirigió hacia la entrada del templo de Micerino, donde algunos agentes, con armas en la mano, le interceptaron el paso, diciéndole:

—Vuelva usted a su alojamiento, señorita.

—¡Por favor! ¿Qué ocurre?

—No lo sabemos. Haga el favor de marcharse.

—¡Busco al arqueólogo Alden!

—Debe de estar por ahí. No se preocupe y vuelva a su alojamiento.

Pero, en aquel instante, el inspector Barguib salía de la galería subterránea. Sus hombres transportaban a dos policías. Barguib gritó:

—¡Una ambulancia, pronto! ¡Hay un agente herido!

El miedo atenazó el corazón de Olga. Pero un suspiro de alivio brotó de su garganta al ver salir corriendo a Jack Alden.

Sin detenerse un instante, Olga echó a correr hacia él, gritándole:

—¡Jack, Jack!

Él la oyó y volvió la cara hacia ella. Entonces, corrieron uno hacia el otro y se abrazaron y besaron con frenesí, como si de este modo quisieran librarse de la fuerte impresión recibida.

—¡Wasili Kazanov está dentro de la galería primera! ¡Lleva un arma!

—¡Oh!

—Ha disparado contra esos hombres. Pero no tiene escapatoria... Creo que había una entrada secreta, que vigilaban los hombres de Barguib...

—¡Wasili!

—Sí, Olga. Él fue quien mató a Ostworzc e Ivanovich.

—¡No puedo creerlo! ¡Le conozco hace años!

—Los hombres pueden cambiar en unos instantes. La policía le detendrá de un momento a otro... Vamos. ¿Y el profesor Woroff?

—Ha... ¡Ha muerto Jack!

—¿Muerto? ¡No puede ser! ¿Cómo ha sido? —inquirió Jack, demudado por el asombro.

Capítulo VIII

DUELO CON LA MUERTE

—Wasili Kazanov ha desaparecido —habló el inspector, con desaliento.

—¿Desaparecido? —exclamó Jack, poniéndose en pie de un salto.

—En la galería primera no está. Y no ha salido por la escalera secreta. Debe existir otro camino que no sabemos encontrar.

Jack se volvió a Olga, que había quedado como petrificada, sentada a un lado de la mesa, dentro de la «roulotte» de Jack, donde les había ido a buscar el inspector.

—¡La lámpara de rayos «gamma», Olga! ¡Hay que escudriñar las paredes de la galería primera!

—Tardaríamos varios días en encontrar una pared falsa, Jack. Ya sabes que es preciso efectuar sondeos continuos, de más de diez minutos cada uno. Y la galería mide ciento cincuenta metros.

—¿Es que golpeando las paredes no podemos averiguar si hay alguna losa hueca? —preguntó el inspector.

Jack sacudió negativamente la cabeza.

—No. Eso no revela nada. Las losas son gruesas. Además, los ruidos todos suenan igual dentro de esos túneles. Sólo la lámpara de doble enfoque, a base de pacientes comprobaciones, puede solucionarnos el problema. Para entonces, no obstante, Wasili habrá escapado.

Jack Alden deseaba, lógicamente, la captura del asesino. Pero una vez descubierto éste, había cosas que le interesaban más. Una de ellas era el aspecto profesional que había estado discutiendo con Olga cuando llegó el inspector.

Ella le había repetido, una por una, todas las palabras del profesor Woroff.

—Escuche, inspector. ¿Qué sucedió en la galería, estando usted con el profesor Woroff?

Sedik Barguib hubo de sacudir la cabeza y confesar:

—No lo sé... Admito mi ignorancia... Sin embargo, el profesor Woroff apareció marcado del mismo modo que ustedes dos. La luz se apagó también... Y creí sentir un ligero desvanecimiento. Estuve como aturdido unos segundos. Tal vez fuese más.

—Anton Woroff me dijo cosas muy extrañas —intervino Olga, pensativamente—. Según él, vio a Edfur-set. Esto nos puede parecer extraño a todos. Los documentos arqueológicos que hablan de ese personaje proceden del hallazgo efectuado en Abu Garab.

»Y tengo el presentimiento de que mi jefe ha muerto después de haber conseguido ver realizado el mayor sueño de su vida.

—¿Cuál es la teoría de ustedes?

Olga miró primero a Jack. Luego, habló:

—Nos parece demasiado descabellada para aceptarla. Pero...

—¿Vio el profesor Woroff algo mientras estuvo conmigo, en la oscuridad de la galería? —preguntó Barguib.

Olga asintió.

—Lo mismo me dijo —confesó el inspector.

Fue entonces cuando Jack intervino, alegando:

—Si admitimos que el tiempo puede sufrir una mutación, desdoblamiento, suspensión o llámelo como quiera, mi teoría es ésta: alguna fuerza misteriosa apagaba la luz, o, al menos, ésa es la impresión que recibimos. Si la luz son fotones que se producen por incandescencia de una resistencia, y esos fotones son prácticamente continuos, dado que se propagan a trescientos mil kilómetros por segundo, algo me hace pensar que el apagón se produce entre un fotón y otro.

»Hay una frecuencia de oscuridad superior a los trescientos mil kilómetros, un instante ínfimo. Y en ese instante preciso de oscuridad, se producen fenómenos psíquicos que nuestra mentalidad no puede comprender.

—Continúe, señor Alden. No hay, pues, eclipse de luz. Todo es una fracción infinitesimal, que en nuestra concepción del tiempo actual no podemos comprender.

—Exactamente. Se detiene el tiempo. ¡Pero nosotros continuamos actuando como si nada hubiese ocurrido! Por ejemplo, podemos hallar una entrada, cruzarla, llegar a determinado lugar, actuar, hablar, enteramos de ciertos misterios, y luego regresar al punto en donde se nos ha fraccionado la luz!

—¿Se ha suspendido el tiempo para los demás? —preguntó Barguib.

—No. El tiempo continúa. Ha sido nuestro tiempo el que se ha acelerado de tal modo que, en una insignificante fracción de él, podemos hacer muchas cosas.

—¿Y qué supone usted que hizo el profesor Woroff? —insistió Barguib.

—Lo mismo que Olga y yo... ¡Penetrar en el templo de Cleito, hablar con Edfur-set, y luego salir!

Se hizo un dramático silencio entre los tres. Sedik Barguib se mordió los labios, dejó resbalar la mirada por el interior del vehículo y luego, calmosamente, procedió a extraer un cigarrillo y encenderlo.

—Sé que esto es difícil de creer —dijo Jack, de pronto—. Pero yo estoy seguro de haber estado en el templo de Cleito, donde he visto a muchas personas que pueden no existir, porque, lógicamente, han muerto hace siglos.

—Yo también tengo esa impresión. Y Anton Woroff me confirma en ello. Me dijo que mis sueños son mensajes.

—Como comprenderán ustedes, yo no puedo hablar de eso en mi

informe oficial. Si lo hiciera, mis superiores me enviarían inmediatamente al psiquiatra. Pero deseo creer que hay algo de eso. Percibí una sensación extraña dentro de la galería, al apagarse la luz.

—La luz también puede apagarse por causa de una corriente magnética desconocida, que invada la galería. Y lo que hemos especificado como cien milésimas de segundo, ser algo más.

—¿Quiere usted apresar a Wasili? —preguntó Olga, de pronto—. ¡Yo sé dónde está!

Tanto Barguib como Jack se sorprendieron.

—¿Dónde? —preguntó el policía.

—¡El sueño, Jack! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡El profesor Woroff repitió que los sueños son mensajes! Y tanto Jack como yo tuvimos el mismo sueño. No sé cuándo se producirá, ¡pero tal como se desarrollan los acontecimientos, todo parece confirmar que nosotros vamos a correr peligro en el interior de la pirámide de Micerino!

—¿Qué quiere usted decir, señorita Jankelvich? —inquirió Barguib, interesado.

Jack cerró los ojos y habló:

—Me vi ante un abismo. Wasili Kazanov trataba de empujarme al vacío, pero no lo consiguió. Olga surgió cerca y gritó... No logro recordar más.

—¿Y cómo sabe que eso ocurrirá en la pirámide de Micerino?

—Nosotros estábamos allí. Wasili salió de alguna parte. Parecía desesperado, acorralado... ¡Sí, había un agujero en el muro! ¡Ahora le recuerdo!

—¡Enviaré allí a mis hombres! —dijo Barguib, disponiéndose a salir.

Jack le sujetó por el brazo, para retenerlo.

—No lo haga, inspector. Sea sueño, premonición, videncia o mensaje de otra dimensión, se refiere a nosotros dos. No hay policía alguno por medio.

—¡Pero ustedes no pueden exponerse a ese peligro! ¡Wasili Kazanov está armado! ¡Lleva dos pistolas y una linterna!

—Permanecerá oculto si interviene la policía —añadió Jack—. Creo comprender que sólo aparecerá para ponemos a nosotros en peligro. Pero nada nos ocurrirá.

—Yo no diría eso, Jack —habló Olga, seriamente—. Estamos señalados con la cruz de Cleito... ¡El profesor Woroff ha muerto! ¡Esto que llevamos en la frente es un símbolo sobrenatural!

—¿Tienes miedo a morir? —preguntó él.

—Sí —contestó ella—. Soy joven y anhelo vivir.

—Pues no vengas. Iré yo solo. ¿Me presta usted una pistola, inspector?

Instintivamente, Sedik Barguib llevó la mano a la funda de su cinto, sacando el arma.

—¿Sabe cómo funciona?

—Sí, no se preocupe.

—Me gustaría capturarle vivo.

—Temo que eso no sea posible —contestó Jack, en tono lúgubre—. Soñé que Wasili Kazanov se mataba, desplomándose desde gran altura. Yo no sé si el sueño es cierto o no. Sólo deseo comprobarlo. Para mí es muy importante.

* * *

—¡Jack, espera!

El joven americano se detuvo y volvió el rostro. Vio a Olga correr hacia él.

—¿Qué quieres?

Ella se acercó jadeante. Alzó la mirada hacia la cúspide de la pirámide, que se alzaba más de sesenta metros por encima de ellos, y luego dijo:

—He cambiado de opinión. Deseo estar contigo. El inspector me ha dicho que tendrá a sus hombres preparados. Cuando suene el primer disparo, entrarán.

En vez de responder, Jack tomó a la joven de los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—¿Ya no tienes miedo? —preguntó.

—Sí, mucho. Pero algo me dice que debo ir contigo.

Él sonrió.

—Está bien. Vamos. No ocurrirá nada. Nuestro sueño común puede ser una comunicación telehipnótica o el fruto de la reacción lógica a la tensión que hemos sufrido. Pero vamos.

Subieron hasta donde se hallaba la entrada a la supuesta cripta funeraria de Micerino, para llegar a la cual debían descender por una rampa que conducía casi directamente a la cámara funeraria.

Era sorprendente siempre mirar hacia el exterior, desde aquel agujero inclinado, y ver las estrellas en el cielo en pleno día. Para un egiptólogo no era ningún fenómeno. Incluso los que construyen pozos artesianos conocen esa realidad.

Jack llevaba una lámpara de mano de gran potencia, que había tomado de su vehículo. Al cinto, entre el pantalón y la camisa, llevaba la pistola de Barguib.

Ambos pensaban en la extraña locura de la que eran protagonistas. Conocían el interior de los pasadizos de la pirámide como si fuera su propia casa. Habían estado allí dentro centenares de veces. Y, sin embargo, ahora parecían encontrarse entre aquellos milenarios muros por vez primera.

El silencio era inmenso, denso, ominoso. Producía dolor en los oídos. Ambos miraban hacia el foco de luz, temiendo ver surgir una sombra.

Y, de pronto, Olga rompió el silencio, para susurrar:

—No comprendo de dónde puede caer nadie, puesto que nos hallamos en la parte más baja de la cripta.

¿No crees que Wasili, si está aquí, haya podido subir, a la parte superior?

—La escalera inferior parte de la antecámara. Pero si quieres que te diga la verdad, yo no he venido a encontrarme con Wasili, sino a persuadirme de que los sueños nada tienen que ver con la realidad.

Olga no contestó. Ella estaba convencida de todo lo contrario. Las palabras del profesor Woroff habían sido una impresionante revelación. Por ello, se apretó instintivamente al brazo de él y le miró el perfil. A la luz reflejada de la lámpara, la expresión de Jack Alden parecía resuelta.

Cuando llegaron a la antecámara inferior, ambos se detuvieron. La linterna escudriñó todos los rincones. No había nada anormal.

—Penetremos hasta el fondo, Olga. Luego, subiremos hacia la cúspide.

Así lo hicieron.

Y fue al regresar, sin haber hallado nada, cuando de pronto, ante ellos, del muro, surgió un foco de luz. Jack apagó instintivamente su lámpara... ¡La luz surgía de un rectángulo del muro, casi al nivel del suelo, en el ángulo derecho de la antecámara!

Olga tembló, transmitiendo su excitación a Jack. Ninguno habló.

Se quedaron estáticos, rígidos, con la vista fija en aquel nuevo foco luminoso que surgía de lugar tan insólito como inesperado.

Detrás de la luz surgió un cuerpo en cuclillas. Y ambos jóvenes pudieron reconocer a Wasili Kazanov.

Jack agarró la culata de la pistola y la extrajo de su cinto, dirigiendo el cañón hacia el hombre que se deslizaba fuera del inexplicable agujero.

Esperó hasta que el huido se hubiese puesto de pie. Entonces, exclamó:

—¡Quieto, Wasili! ¡No te muevas!

Pero el ruso apagó la linterna al mismo tiempo que lanzaba un grito. Jack no disparó, sino que encendió su lámpara. Y vio al otro meterse rápidamente en el agujero.

—¡Atrás, Olga! —aulló Jack, saltando hacia delante.

Sonaron dos disparos al mismo tiempo. Las balas, rabiosamente, se aplastaron contra las viejas piedras, sobre la cabeza de Jack, cuando éste trataba de alcanzar el agujero, dentro del cual retrocedía Wasili.

—¡No podrás escapar! ¡La policía tiene vigiladas todas las salidas! —gritó Jack, ya apostado junto a la entrada abierta de aquel misterioso pasadizo, sin osar asomarse, por temor a recibir un balazo.

—¡No me agarrarán! —replicó Wasili, desde el interior—. Jamás podréis encontrarme aquí dentro.

Para demostrar al asesino que no estaba desarmado, Jack asomó la mano y efectuó un disparo. Olga lanzó un grito desgarrador, al apagarse el cual, Jack oyó correr a Wasili.

No vaciló más y se zambulló dentro del agujero. Tendido en el suelo, encendió la luz. Y vio una sombría galería que terminaba a unos diez metros, ante un muro pétreo. ¡Pero Wasili no estaba allí!

—¡No entres ahí, Jack! ¡Espera que venga la policía! ¡Wasili está armado!

—Es mejor que salgas, Olga. Avisa al inspector y guíale hasta aquí. Ha desaparecido, pero no puede estar lejos.

Jack se puso en pie y avanzó unos pasos. Y, de pronto, vio surgir ante él, de una especie de nicho, la mano armada de Wasili. Apenas si tuvo tiempo de echarse al suelo cuando retumbó un nuevo disparo.

Los gritos de Olga se extendieron por los pasadizos, con ecos sonoros y siniestros. Jack disparó también y la mano de Wasili desapareció rápidamente. Cuando Jack llegó al supuesto nicho, vio que se trataba de la entrada de otro corredor descendente.

Se introdujo en él sin vacilar. Ahora ya no le importaba recibir un balazo. Sólo quería saber qué había descubierto Wasili en el interior de la misteriosa pirámide.

Tampoco supo que, a su espalda, una losa se cerraba suavemente, empujada por la mano del asesino, e ignoraba, por tanto, que de perseguidor se había convertido en perseguido.

Avanzó ahora por el pasadizo descendente, torció luego a la derecha y desembocó en una cámara, donde había una estatua de piedra, representando un faraón sentado. Luego, al ver que de aquel punto partían cuatro corredores, exactamente iguales, se adosó al muro.

En aquel instante oyó una carcajada sardónica surgir de alguna parte. Miró en torno suyo y apagó la linterna.

—Te felicito, yanqui. Eres el segundo en penetrar en este santuario. Pero de aquí no podrás salir.

Jack no cometió la torpeza de responder. Comprendió que estaba en un callejón sin salida y decidió retroceder. Primero se movió sigilosamente. Luego, corrió en la oscuridad, ascendió la rampa y, por último, encendió la linterna. Fue entonces cuando vio cerrado el paso.

Todavía no le dominó el miedo. Se dijo que había equivocado el camino. Tanteo el muro, sin éxito.

Luego, apagó la luz y se quedó sentado, quieto, aguzando el oído. Y de nuevo, el eco lejano de las palabras de Wasili Kazanov llegó hasta él:

—¿Dónde estás, yanqui? ¿Esperas que vaya a buscarte, como hice con Boris Ivanovich y Andrei Ostwozc?

Jack comprendió que Wasili quería incitarle a responder, para localizarle. Ahora comprendía bien lo que estaba sucediendo. Wasili había descubierto aquellos pasillos, que debían de tener comunicación con las galerías halladas por el profesor Woroff. Debió de guardarse el secreto y utilizó aquel conocimiento para escapar.

¿Qué más habría encontrado? ¿El modo de salir? Sí, evidentemente, puesto que si él y Olga no llegan a encontrarse en la antecámara de la pirámide, Wasili habría escapado.

Hasta allí, el sueño parecía convertirse en realidad. ¿Era cierto que él

no corría peligro alguno? Esto era lo que dudaba Jack. El otro era un asesino, sabía que le estaba buscando la policía y que, tarde o temprano, tendría que abandonar su refugio.

Por otra parte, Olga había quedado afuera. Ella señalaría a la policía el agujero por donde asomó Wasili. ¿Y qué ocurrirá luego? Se meterían por el túnel y tratarían de buscar la losa que cerraba el paso al pasadizo donde se encontraba Jack.

Dedujo, con desánimo, que se había metido en un laberinto y que, si no encontraba a Wasili cuanto antes, la suerte podía volverle la espalda. No tenía miedo a quedar allí encerrado, y menos le inquietaba la muerte. Aquel hallazgo era importante, sin duda. Y el mundo de la arqueología tenía que conocerlo. Las dramáticas circunstancias habían hecho que un asesino o un demente encontrase primero aquel dédalo de galerías, pero esto no dejaba de ser una suerte, hasta cierto punto. Nadie había entrado jamás allí, excepto él y Wasili. Y éste parecía conocer el lugar. Pero no podía saber mucho. No había tenido tiempo de explorarlo con minuciosidad.

Jack se levantó, empuñó la linterna y la pistola y decidió volver a la cámara, en donde había visto la estatua de piedra. El pasillo descendía unos diez grados. Lo había observado. Una vez allí, se apostaría en un rincón y esperaría a que apareciera Wasili.

Lo que no contaba Jack era con algo imprevisto. Y fue que como caminaba en la oscuridad, no pudo ver un agujero rectangular que había ante él. Y, de pronto, le falló el pie y se precipitó por un agujero, a un piso inferior.

Se dio un fuerte golpe en la espalda, gimió y al volverse, la linterna de Wasili le cegó. ¡El asesino estaba frente a él, apuntándole con una pistola!

Una carcajada brotó de labios de Wasili.

—¡Ah! —exclamó—. Tenías que caer en alguna de las trampas... Yo conozco esto y tú no... ¡Cuidado, yanqui! ¡Si haces el menor gesto amenazador, te mato en el acto; todavía me quedan proyectiles!

Jack había soltado la linterna y la pistola al caer. A la luz de la lámpara de Wasili vio que su arma yacía a pocos metros.

—¿Te has hecho daño?

—Sí —mintió Jack, amagando un gesto de dolor y mirando al techo, donde estaba el recuadro por donde había caído.

—Tendré que matarte yanqui. Nunca me fuiste simpático.

—Eso no impedirá que la policía te capture. Nadie puede salir de aquí.

—¿No? Casualmente he encontrado otra serie de galerías. Esto es un laberinto subterráneo muy bien construido. He encontrado incluso un esqueleto, todavía con sus joyas, lo que demuestra que jamás fue hallado, y no me extrañaría nada que perteneciera al arquitecto que construyó esto, que moriría deseando conocer el éxito de su propia obra.

»No tiene sentido ni lógica. Los pasillos tuercen igual hacia un lado que otro, con planos superpuestos, de suerte que unas veces estás arriba,

creyendo, encontrarte abajo, y viceversa.

»Yo sé por dónde he pasado, porque he efectuado unas señales a la altura de mis ojos, con un trozo de grafito. —Ahora, Wasili Kazanov hablaba como un arqueólogo, excitadamente, ávido de comunicar a alguien su descubrimiento, para ser admirado aunque fuera por el hombre al que odiaba y al que iba a matar—. Pueden tardar años antes de que encuentren tu cadáver, yanqui.

—¿Por qué mataste a Ivanovich y a Ostwozc? —preguntó Jack, para ganar tiempo.

Capítulo IX

ODIO EN LAS TINIEBLAS

—¿Por qué? Boris me descubrió en la galería primera, mientras tú y Olga fuisteis a efectuar la medición. Yo entré por otro lugar. Quería escuchar lo que hablabais. Olga me gusta, aunque nunca se lo he dicho. Fue un accidente. Yo llevaba un cuchillo antiguo y no tuve mas remedio que usarlo. Boris habría dicho que yo estaba allí y todos habrían querido saber cómo entré.

»Andrei murió, porque yo necesitaba que las autoridades clausuraran esta excavación. No quería correr el riesgo de que la lámpara del profesor Woroff descubriera todo lo que yo había descubierto por casualidad.

»Si se nos impide trabajar aquí, habríamos regresado a Moscú. Bueno, los demás, porque yo pensaba quedarme aquí, escondido. Y cuando pasara algún tiempo, dedicarme a explorar este laberinto... ¡Esto sí que es un hallazgo!

—Nadie te hubiese negado el triunfo, Wasili —reprochó Jack, mientras su mente se afanaba en buscar el modo de sorprender al otro.

—¡Yo no deseo triunfos, yanqui! ¡He tenido que estudiar intensamente casi toda mi vida para no ser nada más que el ayudante de un loco visionario! ¡Toda la gloria habría sido de Anton Woroff!

»Yo estaba harto de todo aquello, de vivir estrechamente, de modo oscuro y rutinario. Quería libertad, riqueza, bienestar... ¡Lejos de la Unión Soviética! Una vez vi la propaganda de un hotel de las islas Bahamas. ¡Ah, aquello es lo que anhelo! Una lujosa estancia, con dos cuartos de baño de color rosa, camas amplias, luz, playas, lanchas...

—Eso son tonterías de millonarios, Wasili. Tú eres joven y habrías podido conseguir mucho más, dedicándote al trabajo.

—¡Sí, quizá, de habérmelo propuesto habría llegado a ser comisario general de Arqueología! ¿Y qué? Algunas medallas, una casa algo mejor y un sueldo.

»¡Ah, no! Yo quiero otros horizontes más amplios. Sé que aquí hay escondida una fortuna. La encontraré y será únicamente mía. ¡Por eso he matado a Andrei Ostwozc. La policía no dejaría continuar los trabajos...

—Lo siento, Wasili. Tus planes se han malogrado.

—¡No lo creas! Aún no me doy por vencido. No podrán entrar aquí.

—Ni tú podrás salir. Pero Barguib es capaz de hacer destruir estas paredes con dinamita.

Una torcida mueca desdibujó el semblante del ruso.

—Ni aunque demoliera toda la pirámide, cosa que no le permitirán, podría encontrarme. Estamos en el subsuelo. Creo que esto se hizo rellenando un enorme agujero. La pirámide y el templo se construyeron encima.

»Y te lo aseguro, yanqui. Aquí no han penetrado jamás los profanadores de tumbas.

Jack se sentó en el suelo y miró a la pistola que empuñaba al asesino.

—Mírame la frente, Wasili. Llevo la cruz de Cleito. ¿Sabes lo que significa esto?

—¡Bah! Yo no creo en las estupideces del «Mago».

—Pues cometes un error. Él sabe que Edfur-set existe. Y yo también lo sé... ¡El Señor de la Eternidad guarda los tesoros de la Atlántida y no te permitirá llevártelos! ¡Él fue quien dijo al profesor Woroff que tú eras el asesino!

Estas últimas palabras hicieron mella en Wasili, porque no había comprendido aún la causa de que Anton Woroff le delatase, ni que apareciera con la cruz de Cleito en la frente.

—Debió decírselo el inspector... Tenía que ser un ardid, para que yo me delatase —dijo Wasili.

—Tú lo ignoras, pero el profesor Woroff ha muerto.

—¿Muerto? Cuándo? —exclamó Wasili, sorprendido.

—Al poco de salir de la galería tercera. Es allí, precisamente, a los setenta y dos metros de la entrada, como dice el papiro de Abu Gerab, donde está la entrada al templo de Cleito.

»El profesor habló con Olga antes de morir y le dijo cosas muy importantes. Yo podría decírtelas también. Ese templo existe... ¡Y en él habitan seres que tienen más de veinte mil años!

Wasili estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Qué absurda patraña estás inventando? ¿Qué te propones? ¿Quieres darme conversación para librarte de la muerte?

—Te estoy diciendo la verdad, Wasili. Ese templo existe y yo he estado en él. Sólo pueden verlo los «adeptos»... ¡Y hablé con Edfur-set! Me dijo que recibiría instrucciones suyas por medio de sueños. A Olga le ocurrió lo mismo.

—Y ¿qué quieres decirme con eso? ¿Que he fracasado? ¿Que no he encontrado nada más que el laberinto que une la pirámide con el templo subterráneo?

—Exactamente. El verdadero hallazgo corresponde al profesor Woroff que fue quien descifró los jeroglíficos de Abu Garab y sabía cómo entrar en la galería tercera... ¡Esto es una trampa, Wasili! ¡Aquí encontrarás la muerte! ¡Lo sé porque Edfur-set me lo dijo!

Wasili retrocedió un paso, como si hubiese recibido un golpe en el rostro por medio de las palabras de Jack. Y su dedo índice se crispó sobre el gatillo del arma.

—¡Mientes, yanqui! ¡Y voy a matarte ahora mismo!

Jack comprendió que Wasili iba a cumplir su palabra y no esperó más, saltando hacia delante, con fuerte impulso, mientras un fogonazo hería sus retinas. El disparo casi le ensordeció. Pero la bala, aunque le pasó rozando

la cabeza, no le tocó.

Wasili, en cambio, agarrado por las fuertes manos del atlético Jack, que había practicado toda clase de deportes en la universidad, cayó aparatosamente de espaldas, dejando escapar la linterna, que se apagó al chocar contra el suelo.

Antes de que el ruso pudiera reaccionar, Jack ya estaba sobre él, apartándole la mano armada y golpeándole con saña. Aún así, Wasili efectuó otro disparo y el proyectil se aplastó contra el muro.

La siguiente bala no salió. El arma estaba ya descargada.

Rugiendo desesperadamente, Wasili trató entonces de golpear a Jack con el cañón del arma, logrando dar un furioso golpe en la sien al americano que le dejó algo aturdido. Luego, braceó y perneó y se zafó de su adversario, consiguiendo ponerse en pie.

Jack reaccionó, quiso agarrarse a la camisa del ruso, pero sólo logró rasgar la prenda, porque éste huyó por el pasadizo, profiriendo gritos y amenazas.

En un instante, Jack tomó su linterna del suelo, la encendió y recogió la pistola. Pudo ver a Wasili desaparecer en un recodo del pasadizo y, como una exhalación, fue tras él.

—¡No huyas! ¡Es mejor que te entregues!

Wasili no respondió. Pero en su alocada carrera en la oscuridad, tropezó violentamente contra un muro, en un ángulo del pasadizo. Allí quedó, sangrando abundantemente por la nariz, hasta que la lámpara de Jack le iluminó.

—¡Quieto, Wasili; ahora soy yo quien te apunta con un arma! No quiero matarte, como tú has querido hacer conmigo. Pero, si me obligas, lo haré.

Wasili se llevó la mano a la nariz y la retiró llena de sangre.

—Estoy herido...

—Es una contusión. Te aconsejo que camines delante de mí hacia la salida.

—No. Me quedaré aquí.

—¡Te pegaré un tiro en una pierna, Wasili! ¡No estoy bromeando!

Estas palabras parecieron decidir al ruso, quien, tapándose la nariz y echando atrás la cabeza, caminó por el pasadizo, seguido de Jack.

Al cabo de unos minutos, Wasili desembocó en una estancia rectangular, en cuyos cuatro ángulos habían cuatro sarcófagos de piedra. Cuatro galerías partían de aquel punto. Jack dirigió la linterna hacia las cuatro.

—¿Dónde está la salida?

—Al frente —respondió Wasili, con voz gangosa..

—Échate a un lado. Yo veré si hay alguna señal a la altura de tus ojos. No me fío de ti.

Apuntando al ruso, Jack avanzó ante él y examinó las paredes de la

galería que tenían delante. En aquel preciso momento, Wasili dio un salto y se escabulló por un pasadizo lateral.

Jack reaccionó en el acto, volviéndose y gritando:

—¡Alto o disparo!

—¡Tira, estúpi...!

Wasili no terminó su palabra. Un grito desgarrador brotó de su garganta al sentirse caer en el vacío, huyendo sin luz, no vio que la galería elegida tenía un agujero rectangular en el centro.

Cuando Jack se acercó allí, segundos después, y alumbró con la linterna hacia abajo, sus ojos se agrandaron de horror... ¡Al ver el cuerpo de Wasili, a unos veinte metros de profundidad, ensartado en numerosas lanzas doradas e inhiestas!

¡Wasili Kazanov había caído en una trampa colocada allí miles de años atrás!

Y Jack comprendió que el asesino de las pirámides no conocía el lugar en que se había metido y que se encontraba tan perdido como él.

* * *

Más de diez horas estuvo Jack dando vueltas por aquellas lóbregas galerías. Cuando menos lo esperaba, se encontró en un pasillo más ancho, que terminaba en una puerta dorada y repujada. Con una lima de uñas hurgó el metal y se convenció de que era oro. Pero la puerta no tenía cerradura, ni se veía nada que pudiera abrirla. La golpeó una y otra vez por todas partes, con idéntico resultado.

A pesar de ello, Jack intuyó que detrás de aquella puerta debía haber algo importante. Quizá Wasili había tenido razón al suponer que en alguna parte de aquel laberinto había un valioso tesoro. Ya, en sí, la puerta valía una fortuna, puesto que debía pesar más de una tonelada.

Jack no quiso estropearla y retrocedió. Pero desde aquel punto empezó a trazar flechas en el muro, cada vez que cambiaba de dirección. Sabía que si encontraba la salida, habría de volver otra vez y tratar de franquear la puerta de oro.

El reloj de pulsera le fascinaba. Veía transcurrir las horas y no encontraba la salida. Aquello era desesperante. Tuvo que sentarse y apagar la luz, para descansar.

No supo si se quedó dormido o soñó despierto. Pero, de pronto, todos los problemas se acabaron. Algo sonó en su mente de modo claro:

«Sigue adelante. Hallarás una cámara con los signos del Zodíaco en el centro, grabados sobre una piedra circular. De allí parten doce pasillos. Elige el señalado por el signo de Piscis.»

Jack se levantó, sacudió la modorra que le dominaba. Caminó por el pasadizo y, efectivamente, no tardó en llegar a una gran cámara, de cuyos cuatro muros surgían tres pasadizos exactamente iguales.

En el centro, sobre una gran piedra rosada de granito, estaban los signos

del Zodíaco, perfectamente grabados a cincel. El pez señalaba una de las galerías. Y por ésta se adentró Jack, muy decidido.

De nuevo se inició aquella alucinante marcha, yendo y viniendo, subiendo y bajando. Pero no tenía pérdida, puesto que no encontró cámara donde hubiera otros pasillos. Y, cuando menos lo esperaba, se encontró ante un muro de piedra que le cerraba el paso.

Allí creyó que el alma se le caía a los pies. ¡El pasadizo terminaba ante un muro sin salida!

Desesperado, tentó aquella pared. Pero al empujar, sintió que la losa de piedra se movía. Esperanzado ya, empujó con mayor fuerza y, efectivamente, girando sobre sí misma, la pared le dejó un paso por el que se deslizó a otro pasillo perpendicular al que le había llevado hasta allí.

Al mirar hacia uno de los extremos, vio una luz.

Echó a correr y pronto se encontró en la antecámara donde estaba la mesa de madera con los cascos de los arqueólogos. ¡Había salido por el pasadizo número dos, directamente a la salida excavada por el profesor Woroff!

Lleno de júbilo, Jack se puso a gritar, mientras corría hacia la salida, que ahora no estaba cubierta de tablas ni piedras. Pero al oír sus gritos aparecieron varios agentes de policía, que le encañonaron con sus armas.

—¡Soy Jack Alden! ¡Avisen al inspector Barguib!

Los agentes le reconocieron. Uno dijo algo en árabe, que Jack no comprendió. Otro le quitó la pistola y la linterna, que aún continuaba encendida.

Luego, le llevaron hacia el campamento, donde el doctor Chaid-el-Anwir le vio y corrió hacia él.

—¡Jack Alden! ¿De dónde sale usted?

—¡Hola, doctor! ¡No sabe cuánto me alegro de verle!

—¡Hace más de veinticuatro horas que le están buscando en el interior de la pirámide! ¡Oh, Olga se alegrará mucho! ¿Qué le ha ocurrido?

—Luego se lo contaré. ¿Dónde está Olga?

—En la pirámide, con el inspector Barguib. Quieren destrozarlo todo.

—Dígales que no rompan nada... ¡Estoy extenuado! ¡Avisen al inspector!

Chaid-el-Anwir tradujo las palabras de Jack y dos agentes corrieron hacia la entrada a la pirámide de Micerino, mientras que Jack se dirigía, renqueando, hacia su vehículo. Poco después, todos los componentes de la expedición arqueológica rusa le rodeaban.

—¿Por dónde ha salido? —le preguntaron.

—Por la galería número dos... Hay un verdadero laberinto debajo de esa pirámide... ¡Algo maravilloso!

—¿Y Wasili Kazanov? —preguntó Konstantin Krasensko.

—Muerto... Se cayó en una trampa erizada de lanzas o algo así y quedó ensartado por varias partes... Trató de matarme... ¡Déjenme comer algo, por

favor!

Olga y el inspector Barguib no tardaron en llegar a la carrera. Ella se adelantó al policía, abriéndose paso entre la gente, para echarse al cuello de Jack, quien la abrazó y la besó con fuerza.

Barguib se acercó también, respirando entrecortadamente.

—¿Y Wasili?

Aún tardó Jack un rato en narrar su aventura. Primero se comió un emparedado y se bebió una cerveza. Después, se sentó y explicó todo lo que había ocurrido. Más de veinte personas le escucharon atentamente, unos sin comprender y otros sobrecogidos, hasta que terminó su relato.

—Confieso que llegué a desesperar de encontrar la salida. De no haber sido por aquel extraño mensaje...

—¡No tengo la menor duda de que ha sido Edfur-set, Jack! —exclamó Olga.

—Tendrá usted que entrar de nuevo, señor Alden —dijo Barguib—. Pero llevaremos un ovillo de hilo.

—¿Puedo descansar?

—Sí, por supuesto.

—Escuche, inspector. Lo que hay ahí dentro es muy valioso. Ponga usted una fuerte guardia.

—¡No faltaba más! —replicó el inspector—. La policía de El Cairo debe colaborar con el descubrimiento arqueológico más importante del siglo.

—Yo así lo creo —afirmó Jack—. Esos corredores parecen guardar un importante secreto. Lo sorprendente es que no encontré aire enrarecido. Eso significa que alguien los ha utilizado con frecuencia, porque no comprendo cómo se realiza la ventilación.

—Eso lo averiguaremos mañana mismo —dijo Barguib.

—Por supuesto que sí —contestó Jack.

* * *

Jack, Olga, el inspector Barguib, el doctor Chaid-el-Anwir y dos agentes de policía, todos provistos del equipo necesario, penetraron al día siguiente, muy temprano, por la galería número dos, hasta llegar a donde Jack había dejado abierta la piedra que conducía al interior del laberinto.

—Aquí no es necesario ir dejando el hilo —informó Jack—. No hay dificultad alguna hasta llegar a la cámara del Zodíaco. Una vez allí, habremos de seguir las señales. Lo que no estoy seguro es de encontrar el lugar donde cayó Wasili. Sé que era una cámara, en la que desembocaban cuatro pasillos y donde había cuatro sarcófagos de piedra en los rincones.

Jack iba en primer lugar, seguido de Olga y Barguib. Detrás caminaba el doctor El-Anwir y los dos agentes uniformados cerraban la marcha. Eran esos hombres los más impresionados por las vueltas y revueltas de aquellas galerías tenebrosas. De vez en cuando, se susurraban al oído y procuraban

no quedarse rezagados.

Cuando llegaron a la cámara del Zodíaco, todos admiraron la perfección de la piedra y el grabado y se quedaron impresionados de los doce pasillos.

—Aquí está la señal —dijo Jack, alumbrando el muro con su lámpara colocada en el casco—. Ahora, espero que tengamos suerte. Hamed puede llevar el ovillo de hilo. Conviene que nos mantengamos juntos. Si alguno queda rezagado, será difícil encontrarle.

El ovillo, cual nuevo hilo de Ariadna, sirvió perfectamente para demostrar que el hombre más seguro de sus sentidos podía equivocarse dentro de aquel laberinto. Y de ello se convencieron, al cabo de una hora, cuando se encontraron con el mismo hilo que iban dejando atrás.

Sorprendido, Jack comprobó que había señales en ambos muros. Esto le indicó que había pasado, como mínimo, dos veces por el mismo sitio.

Descorazonados, no supieron qué dirección tomar. Pese a ello, Olga insistió en continuar buscando las muescas hechas en el muro. El hilo siguió enredándose tras ellos. Fue preciso empalmar un segundo ovillo, pues el primero, de un kilómetro de largo, se había acabado. Y más tarde, tuvieron que añadir un tercero.

Cuando ya desesperaban de hallar la puerta dorada o el lugar donde yacía el cadáver de Wasili Kazanov, Jack se detuvo y miró a sus compañeros con desaliento.

—¿Qué hacemos? Yo estuve veintiséis horas dando vueltas por aquí. Sólo llevamos cinco. ¿Seguimos, nos detenemos a comer algo o renunciamos y empezamos a recoger el hilo?

Olga, con los ojos cerrados, murmuró:

—Creo que debemos estar cerca, Jack. Algo me lo advierte.

Instintivamente, Jack también cerró los ojos. Pero estaba demasiado cansado y no captó nada.

—Sigamos —propuso Barguib.

Reanudaron la marcha. Y, efectivamente, Olga no se había equivocado. Cinco minutos después encontraban el pasillo ancho, al fondo del cual estaba la puerta dorada.

Corrieron todos hacia ella, alborozados. La tocaron con manos trémulas. Rieron y se abrazaron.

—¡Es de oro macizo! —decía el doctor El-Anwir—. ¡Qué maravilloso descubrimiento!

—El cincelado es una obra de arte.

Entonces, ocurrió algo extraño. Primero fue el agente Hamed. Bostezó, se apoyó en la puerta y empezó a caer hacia el suelo, cerrando los ojos. Su compañero apenas si se dio cuenta, porque también sufrió idéntica suerte.

El doctor El-Anwir retrocedió, sacudiendo la cabeza y quiso decir algo al inspector. Pero éste también era víctima de la singular modorra. Un instante después, los cuatro caían a tierra. Sólo Jack y Olga, abrazados,

miraban con temor hacia la puerta de oro, la cual se movió, primero imperceptiblemente, abriéndose luego sus dos hojas y cediendo éstas hacia el interior. Por la rendija surgió una luz blanca, radiante, que inundó todo el pasillo, apagando las lámparas de los cascos de la pareja y de los hombres que yacían tendidos en el suelo.

La puerta continuó abriéndose lentamente. Pronto se vio la figura que había al otro lado, erguida, ataviada con un ropaje verdoso y largo, con una majestuosa diadema sobre un casco de oro, y que esperaba cruzada de brazos.

Olga y Jack reconocieron a Edfur-set. Y vieron moverse sus labios en una sonrisa amiga, al mismo tiempo que le oían decir:

—Sed bien venidos, hijos míos. Pasad. Os estaba esperando.

Olga y Jack avanzaron hacia Edfur-set agarrados de la mano.

—¿Y nuestros compañeros? —preguntó Jack.

—Ellos no pueden entrar en el pasado. Esta puerta sólo la franquean los elegidos, los adeptos de Cleito. Para ellos no ha llegado aún la felicidad eterna.

F I N

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS
DEL MISMO AUTOR

LOS ENCADENADOS, en Hazañas del Oeste, 52.

ACCIÓN SUICIDA, en Hazañas Bélicas, 754.

RUTA DE SANGRE, en Rutas del Oeste, 533.

SEÑOR DE LA GUERRA, en Espacio, 531.

EL VIDENTE, en Hazañas Bélicas, 756.

CODICIA INSACIABLE, en Espuela, 121.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS
EN LA COLECCIÓN
CIENCIA FICCIÓN

113. — OBJETIVO: TIERRA

114. — PODER INVISIBLE

115. —DESPUÉS DEL DILUVIO

116. —MUNDO MORTAL

117. —REBELIÓN EN LA GALAXIA

118. — ERA ATLÁNTICA

BOLSILIBROS TORAY





TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE



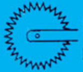

RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.